

ADRIANA LECOUVREUR,

O LA ACTRIZ DEL SIGLO XV.

Comedia en cinco actos, traducida al castellano por Don Fernando G. de Bedoya, *el año de* 1851.

dvertencia. Esta produccion fué admitida ño anterior en el teatro de *la Comedia*, don- indudablemente se hubiese ejecutado, si el ctor de aquella compañia hubiese contado el personal que para su desempeño necesita- Quizás quedase en el olvido, si al ver en sus 'esentaciones *La Adriana*, no notase lo difi- ue ha de ser su ejecucion para ciertos tea- y compañias de provincia, donde apenas tan con un corto número de actrices. Asi es, en su obsequio, me he permitido ciertas mo- aciones, con las cuales se hará mas facil su mpeño. Luego, el papel de Adriana, en el to acto, es sumamente penoso; tanto, que ay una actriz que soporte una muerte de de media hora. Estas dificultades las tocaba momento de hacer la traduccion; asi es, por consejo de personas inteligentes, cambié nuerte en un delirio, haciendo que viva ana, y que reciba el premio á que es acree- por tanto padecer. La manera con que he o llevar á cabo mi idea, no me toca juzgar- l público y los actores dirán si he sido feliz i pensamiento.

PERSONAGES.

ADRIANA.	LA SEÑORITA JUVENOT.
EL PRINCIPE DE ROVILLON.	SEÑORITA DANGEVILLE.
LA PRINCESA.	MICHONET.
EL ABATE.	QUINOT.
LA DUQUESA.	PUISOT.
MAURICIO.	

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un elegante retrete, en el palacio del Príncipe Rovillon. Un tocador á la izquierda del espectador; una mesa á la derecha. Varios objetos de lujo.

ESCENA PRIMERA.

El ABATE *apoyado sobre el tocador; la* PRINCESA *al frente.*

PRIN. Y bien, señor abate; no teneis hoy alguna historia, algun escándalo nuevamente ocurrido?

ABA. Nada, señora; absolutamente nada.

PRIN. Con que es decir que os encontrais perdido? Un hombre como vos, que tiene la obligacion de saber todas las novedades de la corte? Bien sabeis, que solo por eso os reciben las damas en su tocador. Yo creo que sabeis algo; ese rire misterioso...

ABA. Noticias insignificantes, y nada mas; os lie de dar como tal que la señorita Lecouvreur y la Duclós trabajan esta noche juntas, y que la represéntacion será interesante, porque estas dos actrices están en rivalidad declarada?

PRIN. Y os parece poco?

ABA. Adriana de Lecouvreur tiene de su parte

al público entero, mientras que la señorita Duclós está particularmente protegida por ciertos grandes señores y señoras; entre otros la princesa de Rovillon.

PRIN. Protegida por mi?

ABA. Para ello tendreis motivos poderosos, que yo no debo ni puedo decir; mi delicadeza y mis escrúpulos no me lo permiten...

PRIN. Escrúpulos vos, abate? Y deciais que no habia nada de particular? Mi tocado está concluido, y no tengo mas que diez minutos que concederos. (*levantàndose.*)

ABA. Los aprovecharé, señora, para revelaros que teneis por rival á la señorita Duclós.

PRIN. De veras?

ABA. Es la noticia del dia; todo el mundo lo sabe, escepto vos; y como esto puede poneros en ridículo, me he decidido, á pesar de la amistad que tengo al señor príncipe de Rovillon, vuestro marido, á deciros...

PRIN. Que mi marido le ha regalado coche, diamantes...

ABA. Cierto.

PRIN. Una casa muy linda...

ABA. Cierto.

PRIN. Fuera de los Voulebars de Paris, en la granja de la Batelera?

ABA. Cómo! Vos sabiais...

PRIN. Antes que todo el mundo. El príncipe de Rovillon, mi marido, aunque aristócrata y gran señor, adora las artes, y sobre todo, las ciencias.

ABA. Por gusto?

PRIN. No, por hacer la corte al regente, á quien se esfuerza en imitarle en todo; se ocupa mucho de los esperimentos químicos que le absorven la mayor parte del dia, y permanece por lo regular en las habitaciones dedicadas para su laboratorio; despues, claro es que deba distraerse, y que yo se lo permita en cambio de alguna tolerancia por su parte; de modo que los obsequios que el príncipe prodiga á la Duclós, son protegidos por mi, si bien con el recato necesario para no ser descubierta ni aun por mi mismo marido.

ABA. Estoy admirado, princesa! Pero qué ganais vos en ello?

PRIN. Es muy sencillo: que el príncipe, temeroso de ser descubierto, tiemble ante la nieta de Sobieski. Ademas, es una posicion ventajosísima la mia, porque cuando figuro sospechar... tengo cuanto deseo; otras veces era la misma avaricia, hoy no me niega nada. Comprendereis ahora?...

ABA. En verdad, señora, que es una infidelidad la de vuestro esposo, de unas consecuencias sorprendentes

PRIN. El mundo puede compadecerme y sentir mi posicion; pero yo me resigno como veis... No teniais por hoy otra noticia que darme?

ABA. Si señora, tengo otra.. (*con timidez.*)

PRIN. Sepamos.

ABA. Es una noticia que me pertenece, propia... y de la que no debeis dudar...

PRIN. Es quizá la de que me amais?

ABA. La sabiais tambien? Y nada me habeis dicho!

PRIN. Ya debeis conocer que no estaba obligada á ello.

ABA. Pues si, princesa; no debo ocultároslo: os adoro, os idolatro... por vos estoy en todas partes... por vos voy á la ópera, á las tertulias, á la academia... Y por vos, en fin, escucho á vuestro esposo esas disertaciones de química, con que continuamente me atormenta. Será posible que tantos sufrimientos no tengan remuneracion?

PRIN. Amigo mio, es imposible.

ABA. Yo no os pido una pasion igual á la mia, porque lo que yo esperimento, es una adoracion, un culto que no podré exigir de vos, pero...

PRIN. Si, comprendo lo que deseais; pero es imposible... Mas alguno viene.. Es mi marido y la duquesa de Aumont.

ESCENA II.

La PRINCESA, *el* ABATE, *el* PRINCIPE DE ROVILLON *y la* DUQUESA.

PRIN. A qué casualidad debo el placer de veros tan de mañana en mi casa?

DUQ. Vengo á pediros un favor.

PRIN. Ya sabeis que será porcionarme un placer; pero en dónde habeis encontrado á mi esposo, de quien hace dos dias no tengo noticia alguna?

DUQ. En casa de mi señor tio el cardenal Fleuri

ROV. Si por cierto; alli estaba con el gran ministro; lo conozco desde qne era obispo de Frejus. Somos amigos, y ademas pertenecemos á la academia de ciencias; es tambien un sabio y como tal le he dedicado mi nuevo tratado de química. Ese libro que ha admirado á Voltaire.

PRIN. Y qué haciais con el gran ministro? (*trae un criado una caja.*)

ROV. Vedlo aqui: (*hace señas al criado que deje la caja sobre la mesa.*) El Cardenal, que como hombre de estado y como químico conoce mi capacidad, me habia rogado que pasase á verle para confiarme un asunto honroso al par que terrible.

PRIN. Cuál?

ROV. El análisis científico de las materias contenidas en esa caja... Polvos llamados de destruccion, inventados en la época del gran Rey.

PRIN. Y qué virtud se le concede á esos polvos?

ROV. La de destruir á todo el género humano.

DUQ. Qué decis?

ROV. Si lo que de ellos se dice tiene fundamento, basta polvorear unos guantes ó una flor, ó cosa equivalente, para producir un aturdimiento, una exaltacion, un delirio estraño que conduce á la muerte... Eso es precisamente lo que voy á averiguar, y á demostrar por medio del análisis.

PRIN. Todo eso está bien; pero ese análisis científico, me dirá que habeis hecho en el tiempo que no os he visto?

ROV. (*al abate.*) Una escena terrible de celos!

ABA. (No hay duda que se prepara...)

ROV. (Vereis como la evito.) Lo que he hecho, señora, es preparar una sorpresa que reservaba para hoy, tomad. (*sacando una cajita.*)

PRIN. Qué es esto?

ROV. (Vereis como esa dádiva le impide...)

PRIN. Diamantes soberbios!

Rov. (*conversa con el abate.*) En cuanto al análisis de estos diabólicos polvcs, he aqui mi razonamiento.

Aba. (*suspirando.*) (Otra disertacion!)

Prin. Mirad, querida Duquesa, que magnífico brazalete.

Duq. En efecto. Oh! Y montado de una manera hábil. Es esquisito.

Prin. Venid, Abate, á admirar esta alhaja.

Aba. Perdonad, señora; estoy escuchando...

Rov. Sin poder comprender lo que os esplico. Pero ahora os lo demostraré de otro modo. (*va á tomar la caja.*)

Aba. No, no; unos polvos de esa naturaleza, conviene no familiarizarse con ellos; continuad vuestra esplicacion.

Rov. Pues ..

Prin. (*sentada.*) Y ahora, querida mia, podreis decirme el objeto de vuestra venida, mientras aquellos señores razonan científicamente?

Duq. (*sentada.*) Si; venia á deciros, Princesa, que siendo como soy, la admiradora mas decidida del talento de la señorita Adriana Lecouvreur, estoy deseando tratarla.

Prin. Y qué puedo?...

Duq. Vuestro esposo ha dicho en casa del Cardenal, que la señorita Lecouvreur viene mañana por la noche á recitar versos á vuestra casa...

Prin. Si, la hemos invitado, y creo que no nos desairará (*el Príncipe y el Abate se acercan á las señoras.*)

Aba. (Aprovechemos...)

Prin. En ese caso, daos por convidada.

Duq. Vuestro ofrecimiento es para mi doblemente satisfactorio, porque la señorita Lecouvreur es una mujer que encanta.

Prin. Siento no participar de vuestro entusiasmo. Me parece la Duclós muy superior á su rival.

Rov. La señorita Lecouvreur no pasa de una actriz favorecida por la fortuna.

Duq. No digais eso, Príncipe; la escuela de la Adriana es la de la verdad, y arrebata con justicia.

Rov. Concedo que es una actriz de mérito, pero..

Aba. Tambien es actriz de moda.

Duq. Yo no falto á ninguna de sus representaciones; me hechiza.

Prin. No queda duda que la teneis un afecto particular.

Duq. Mucho. Y lo creereis? Todavia no he tenido el gusto de verla de cerca, pero aseguran que es muy linda, y que... ademas, la acompañan unas maneras tan nobles y distinguidas...

Rov. Hasta tal punto es asi, que el señor de Borbon decia de ella el otro dia, que habia creido ver á una reina en medio de actores.

Prin. Cumplimiento, al cual correspondió con una burla bien poco conveniente.

Rov. Y á la cual hice alusion en nombre de mi esposa al invitarla para la reunion. Ved aqui su respuesta. (*tomando el papel y leyendo.*) Señora Princesa:—Si es cierto que he tenido la imprudencia de decir que las ventajas de las princesas de teatro sobre las verdaderas, consiste en que nosotras solo representamos de noche, mientras ellas lo hacen todo el dia; tambien lo es que han hecho muy mal en repetiros ese juego de palabras, vertidas sin intencion por mi parte. Habia jurado no volver á recitar versos en parte alguna, porque mi salud está muy quebrantada hasta para soportar las fatigas del teatro. Pero cabe el rehusar vuestra invitacion á una jóven como yo? De ningun modo; me creeriais orgullosa, y si lo estoy, señora, es con probaros hasta qué punto tengo el honor de ser vuestra humilde y obediente servidora,—Adriana.

Duq. Me admira la delicadeza que revela ese escrito... Es imposible escribir con mas gusto. Me permitis conservar esa carta?

Prin. Con mucho gusto, Duquesa.

Duq. No me admira que disfrute de tanto partido; es acreedora á ello.

Aba. Es persona de simpatías, no hay duda.

Prin. Con que tendremos el gusto de contaros en el número de los asistentes á la reunion?

Duq. No haré falta.

Prin. Con eso nos comunicareis vuestro entusiasmo para admirar á la Lecouvreur.

Duq. Es digna de allo. A propósito; sabeis la noticia de hoy?

Prin. No sé nada; no tengo mas que al Abate que me las traiga, y nunca sabe nada.

Duq. Ese jóven estrangero al servicio de la Francia, que el invierno anterior tanto ruido dió en las principales tertulias de Paris... hijo del rey de Polonia...

Prin. Si, Mauricio de Sajonia.

Duq. El mismo, pues está de vuelta de su espedicion.

Prin. Qué decis?

Duq. Es positivo.

Aba. Permitid, señora; han corrido esas voces; pero no son exactas.

Duq. Cómo! Estoy segura de ello.

Rov. Creo, Duquesa, que padeceis una equivocacion.

Duq. Lo he visto, Príncipe.

Prin. Eso quiere decir que oculta su vuelta.

Aba. No es estraño que asi sea, si atendemos á sus muchas deudas.

Prin. A sus deudas, decis?

Aba. Que yo sepa tiene contraida una de setenta mil francos, á un conde sueco.

Duq. Se conoce que Mauricio no pertenece al número de vuestros amigos, Abate.

Prin. Tal creo; es hombre que le hace muy mal tercio para sus conquistas, segun tengo entendido.

Aba. Todo lo contrario, señora; lo aprecio mucho, porque cada momento me proporciona una nueva aventura que referir á las sociedades. Ah! Mauricio de Sajonia es un elemento admirable para aumentar mi repertorio de noticias.

Prin. Es travieso segun eso?

Aba. Bastante, Princesa; ademas tiene otros alicientes para generalizar su partido para con las damas.

Duq. Cuál?

Aba. El honor de ser bastardo de un rey; os parece poco?

Prin. No deja de ser una condicion para el buen éxito de sus empresas amorosas.

Aba. A eso debe su fama.

DUQ. Tambien la debe á su valor. A los catorce años, ya se batia con denuedo bajo las órdenes del principe Eugenio.
ABA. Con todo eso, no teneis noticias de una de sus mejores hazañas.
PRIN. Referidla, Abate.
ABA. Fue una empresa fabulosa; pero que le dió muy buenos resultados.
DUQ. Esplicaos!
ABA. Quiso tener amores con la hija del Emperador; y esta concibió por el conde Mauricio una pasion tan grande, que pensó nada menos que en hacerlo un dia Emperador de Rusia.
DUQ. Y no sabeis lo demás?
PRIN. Que sin duda deslumbrado con tan brillante conquista, Mauricio habrá empleado para obtenerla. .
DUQ. Todo al contrario; declaró francamente á la princesa moscovita, que tenia en el fondo de su corazon una pasion parisiense.
PRIN. (*con emocion.*) De veras?
DUQ. Como lo ois; me lo ha referido todo muy circunstanciadamente, mi primo el marqués de Belle-Isle.
ROV. Es una accion seguramente digna de un caballero.
DUQ. Con que ya veis, Abate...
PRIN. Que no siempre debe darse crédito á vuestras noticias.
UN CRIADO. El señor conde Mauricio de Sajonia.

ESCENA III.

Dichos, MAURICIO.

ROV. Bien venido, señor conde.
ABA. Salud al conquistador de Paris.
PRIN. Y al futuro emperador...
MAU. Me colmais de felicitaciones, señora...
PRIN. Todas os pertenecen.
MAU. Conde sin condado; conquistador sin terreno, emperador sin vasallos. No os parece una magnifica posicion?
ROV. Pues no os han elegido por señor, los estados de Courlandia?
MAU. En efecto; fui nombrado por el pueblo, y proclamado por la dieta; mas la Rusia me prohibe aceptar, so pena de la indignacion moscovita. Mi padre tambien me amenaza con su cólera, porque teme la guerra con sus vecinos; esta es mi situacion.
ROV. Y qué pensais en tan criticas circunstancias?
MAU. He contestado á la Emperatriz por un llamamiento á las armas á toda la nobleza de Courlandia, diciendo á mi padre al mismo tiempo, que antes de ser elegido soberano, era oficial del ejército francés.
DUQ. Palabras bien significativas por cierto!
ROV. Propias de los oficiales franceses.
ABA. Y á las cuales no tendria nada que replicar.
MAU. No era facil; mas falto mi padre de buenas razones, me puso á disposicion del imperio, y la emperatriz puso mi cabeza á precio. Despues concibieron otro proyecto, y el general Meniscoff entró sin declaracion de guerra en Mitan, para arrebatarme por sorpresa de mi palacio. Llevaba á su mando mil y tantos rusos, y yo no tenia ni un solo soldado.
ABA. Seria preciso rendirse?
MAU. No tal.
PRIN. Cómo! Osasteis defenderos?
MAU. A lo Cárlos XII. Al brillar las antorchas de los fusiles de mis enemigos, puse en movimiento algunos nobles franceses que me acompañaban...
DUQ. Entre ellos mi primo el conde de Belle-Isle.
MAU. En efecto, el bravo conde era uno. Y con ellos principié mi defensa.
ROV. Os seria dificil sostener la lucha.
MAU. Desde luego mandé barricar bien las puertas con los muebles de mi uso; coloqué á mis valientes en las ventanas, provistos de algunos mosquetes, y hasta una vivandera, que accidentalmente se hallaba alli, la utilicé para calentar agua.
ABA. (Siempre mugeres al lado de este hombre!)
DUQ. Es decir, que tambien la regimentasteis?
MAU. Como á los demas; mis valientes hacian un fuego continuo sobre las masas de los sitiadores, que despues de una pérdida considerable, decidiéronse por el asalto.
PRIN. Que confusion, eh?
MAU. Nada de eso; allí era donde yo los esperaba; bajo el pabellon de la derecha, único punto que podian asaltar; alli me habia yo colocado acompañado de dos barriles de pólbora, y en el momento en que trescientos cosacos daban el grito de victoria, hice saltar en el aire á los que se suponian vencedores, y con ellos una mitad del palacio.
DUQ Y vos?
MAU. De pié sobre la brecha practicada por los invasores, enmedio de escombros, y llamando á las armas á los habitantes de Mitan, que al estampido del fuego habian ya despertado. Las campanas entonces empezaron á sonar por todas partes; y Meniscoff, espantado, se retiró en desórden, dejándome los laureles de vencedor.
ROV. Heroismo digno de un gran premio, que vendreis á reclamar probablemente?
MAU. Otras son mis intenciones; quisiera, por remuneracion, el mando de dos regimientos franceses, para probarle á mi adversario...
PRIN. Y ese es el único objeto de vuestro viage?
MAU. Si señora; que el cardenal Fleuri me conceda el mando de algunos escuadrones de húsares; el número no me importa; la calidad me basta, y si lo consigo, os prometo, señora, que os he de recibir antes de poco en la real morada de los duques de Courlandia.
PRIN. Entre tanto, permitidnos que os hagamos los honores en vuestra casa.
ROV. Oh! si, os invito para mañana á la noche; oireis á la señorita de Lecouvreur.
PRIN. La conoceis, conde?
MAU. Un poco... antes de mi último viage tuve el gusto de tratarla, aunque muy superficialmente.
DUQ. Es una actriz admirable; ha hecho en el arte una completa revolucion; ademas de su facilidad en decir, tiene una naturalidad... que encanta.
PRIN. Gran encanto por cierto!
DUQ. Os prevengo que la princesa no participa

de mi entusiasmo, y está decidida por la Duclós, otra actriz cuya enfática declamacion.....

Prin. Califico de mejor gusto.

Duq. Yo creo lo contrario; pero apelo al buen juicio de todos, y principalmente al del señor conde, sometiéndome á su fallo.

Prin Tambien yo.

Mau. Señoras, mi voto carece de autorizacion. Un soldado es ageno el arte de la declamacion, y mucho mas siendo estrangero.

Duq. Sin embargo, sabemos que haceis progresos admirables en el estudio de nuestros clásicos.

Mau. Yo, señora!

Duq. Mi sobrino lo ha sorprendido varias veces recitando versos de Corneille.

Prin Con que tal es vuestra opinion?

Duq. Ay Dios mio! Son las dos, y mi marido me estará esperando para ir á Versalles.

Aba. Buen dia para viajar! Magnífico!

Duq. Quereis acompañarme?

Rev. Dispensadme, Duquesa, lo necesito; tengo que leerle todavia la mitad del último tomo de mi tratado.

Aba. Habeis escuchado, señora? (*compungido*)

Rov. No obstante, os acompañaremos hasta vuestro carruage.

Duq. Princesa, hasta despues; Conde... (*saludando á todos.)*

ESCENA IV.

Mauricio, Princesa.

(La última reconoce la escena, y cerciorada de que se encuentran solos, se aproxima vivamente á Mauricio.)

Prin. Al fin os vuelvo á ver! Despues de dos meses, en que ni una línea he recibido de vos... Y si no hubiese sido por la Duquesa, hasta habria ignorado vuestra llegada. Estaba casi decidida á no recibiros.

Mau. Pues la primera ha sido para vos, Princesa, he llegado anoche...

Prin. Y no habeis visto á nadie todavia?

Mau. A nadie, mas que al Cardenal ministro, y á fé mia me ha recibido bastante mal...

Prin. Se me figura que no habrá sido el Cardenal ministro el que os ha dado ese ramillete?

Mau. (*con embarazo.*) Es verdad...

Prin. Quién os ha dado estas flores?

Mau. Las he comprado á una chica ramilletera, que me encontré precisamente en la puerta de vuestra casa; me lo suplicó tanto...

Prin. Y acordándoos de mi...

Mau. Justamente.

Prin. Pues lo acepto, conde.

Mau. Sois muy amable, señora.

Prin. Es muy lindo... Mas ocupémonos de otra cosa... de vos... de vuestros intereses. Habeis dicho que el primer ministro os ha recibido mal.

Mau. Muy mal, señora.

Prin. Pues me encargo de hacer cambiar sus disposiciones, y de que os conceda lo que solicitais.

Mau. Oh! si lo lograseis... cuánto os deberia!

Prin. Partiré á Versalles, y para teneros al corriente de los adelantos que haga...

Mau. Me dirigiré donde convenga; aqui...

Prin. No; aqui no conviene; entre mi esposo y las visitas, no me dejan un momento de libertad. Pero... Si, si, escuchad. El Príncipe, mi esposo, ha comprado para la Duclós una casita inmediata á la granja de la Batelera, á dos pasos de los muros de Paris; yo puedo disponer de ella, allí os recibiré.

Mau. Cómo! Pues no decis que pertenece?..

Prin. A mi esposo, bien; razon de mas para que pueda disponer de ella cuando sea necesario; la misma Duclós os prevendrá...

Mau. Pero no temeis que...

Prin. Nada; la Duclós me es adicta, porque su suerte está en mis manos.

Mau. No sé cómo daros las gracias por vuestra generosidad, por el interés que os tomais...

Prin. Aceptando... Pero silencio, alguien viene; retiraos y volved á verme. (*Mauricio saluda respetuosamente.*)

ESCENA V.

La **Princesa** *acompaña á Mauricio hasta el fondo del teatro. El* **Abate** *arrojándose sobre el sofá.*

Aba. Setenta páginas de química! (*saca un frasco de esencia y huele.*)

Prin. (*pensativa.*) Una ramilletera que ata las flores con cordones de seda y oro .. No habia fijado la atencion en ello... Ese embarazo que noté... esa frialdad... Si no seré correspondida! Pero entonces, esa pasion que le ha hecho desdeñar á la hija del emperador, no es por mi. Es por otra? Oh! yo lo averiguaré.

Aba. (*oliendo el pomo.*) Setenta páginas de química! Oh! esto es superior á mis fuerzas; resueltamente presento mi dimision y renuncio al empleo de amigo de la casa.

Prin. Qué os sucede, querido abate?

Aba. Ah! Señora, dispensadme; estaba...

Prin. Ofuscado con alguna idea? Pues esa es tambien mi situacion.

Aba. Qué decis, señora?

Prin. Si, escuchadme. Una amiga mia... amiga íntima ..

Aba. La Duquesa, por egemplo?

Prin. Puede ser; no nombro persona; desea con interés, con vehemencia... en fin, como deseamos las mugeres, descubrir un secreto que ocultan con mucho cuidado.

Aba. Cuál es, señora?

Prin Quién es la belleza misteriosa á quien adora en este momento Mauricio de Sajonia, y vos que todo lo sabeis...

Aba. Ciertamente.

Prin. He pensado que podiais hacerme este servicio.

Aba. Muy difícil me parece la empresa, señora.

Prin. He ahi una palabra que no admito.

Aba. Me espreso asi, porque en este momento soy muy infeliz.

Prin. La felicidad, Abate, depende precisamente de saberla buscar. Los felices son los hábiles.

Aba. Y si yo fuese bastante hábil para descubrir ese secreto...

Prin. Lo primero es descubrirlo.

Aba. (*con alegria.*) Oh! si! si!

Prin. Veremos de lo que sois capaz. Por ahora, lo que se desea es, prontitud; con que á Dios.

ESCENA VI.

ABATE, *despues el* PRINCIPE DE ROVILLON.

ABA. Oh! ya vereis de la que seré capaz! Pero cómo diablos conseguir... El conde es la discrecion personificada; no me confiará nada, y será preciso espiar. Ademas, yo no soy su amigo. Imposible por este lado. Y á quién dirigirme? No se me ocurre, y veo que por último no habrá mas recurso que acechar, y de ese modo voy á tardar un siglo y...

ROV. Estais reflexionando, Abate?

ABA. Sin duda; y sobre un problema de dificil solucion.

ROV. Un problema! Eso nos pertenece á nosotros los sábios Veamos.

ABA. (*mirándole y riéndose.*) (En efecto, en cierto sentido, no deja de interesarle.)

ROV. Sepamos qué problema es ese que os trae tan cabiloso

ABA. (*con misterio.*) No os parece imposible que Mauricio de Sajonia, que es tan galante, deje de tener amores?

ROV. Y aun cuando asi sea, qué os importa?

ABA. Mucho, por razones personales de la mayor importancia. Daria cualquier cosa por saber cuál es su pasion actual.

ROV. Vamos pues, si no es mas que eso, yo os lo averiguaré.

ABA. Vos?

ROV. Esta tarde mismo.

ABA. Vamos, príncipe, teneis unas cosas...

ROV. Quereis apostar cien luises?

ABA. Mucho es, pero en fin, siquiera por lo raro del caso, los apuesto. (*el Príncipe tira del cordon de una campanilla*) Qué haceis?

ROV. (*á un criado que aparece.*) El coche! (*al Abate.*) Quereis venir esta noche al teatro?

ABA. Con mucho gusto. Pero qué tiene que ver el teatro con nuestro asunto?

ROV. La Duclós conoce el nombre que deseais saber.

ABA. De veras?

ROV, La otra noche, al entrar yo en su cuarto, hablaban de Mauricio de Sajonia, y la Duclós decia riéndose, que conocia á una gran señora que lo adoraba. Al verme, se interrumpió la conversacion, y poco despues la llamaron para salir á la escena Pero bien sabeis, que si le pregunto, no me lo ocultará, me lo dirá... en confianza, y yo os lo diré en secreto.

ABA. Haceis las cosas de un modo tan particular, que es imposible valuarlas.

ROV. Por esta vez están tasadas en cien luises.

ABA. Adelante.

CRIADO. El coche.

ROV. Abate, al teatro.

ABA. A descubrir el secreto.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el salon de reunion de los actores; á la izquierda del espectador dos puertas por las cuales se supone entrar en la escena; entre las dos puertas espejo y candelabros; varios adornos propios de vestuario; al levantar el telon estará la señorita Juvenot en trage de teatro, delante del espejo, arreglando su peinado; mas distante la señorita Dangeville, vestida tambien de teatro, pero sentada, hablando con un caballero; varios actores diseminados en la escena; Michonet, respondiendo á todos como autor; á la derecha juegan al ajedrez Quinot y Puisot; otros actores se pasean en accion de estudiar sus papeles.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORITA JUVENOT; DANGEVILLE, MICHONET, QUINOT, Y PUISOT.

JUV. Michonet, teneis colorete?

MICH. Si, señorita; ahi está en el cajon. (*señalando donde juegan*)

PUI. Michonet!

MICH. Que se os ofrece?

PUI. Qué tal entrada hay esta noche?

MICH. Un lleno; como que trabajan por primera vez juntas las dos actrices mas queridas.

DAN. Michonet, á qué hora principiará la segunda pieza?

MICH. Sobre las diez, señorita.

QUI. Michonet, no olvideis mi puñal.

MICH. No tengais cuidado, que todo estará corriente. Hay quien me pregunte mas? No se oye nunca mas voz que la de Michonet. Michonet, mi puñal; Michonet, mi cinturon; Michonet, mi colorete. Si al menos sustituyesen este nombre con el de socio, anda con Dios... pues aunque no produce gran cosa, al fin pertenece uno al teatro francés, y en lugar de autor ó representante, me llamarian inspector, que aunque significa lo mismo, siempre es mas retumbante.

JUV. Adriana sacará esta noche sus diamantes?

DAN. Los que le ha dado la reina?

JUV. Segun ella dice.

MICH. Si señora, se los ha regalado S. M.; y por cierto que ya le han creado muchos enemigos.

JUV. Pues no sé por qué... Es tan facil tener diamantes...

MICH. (*entre dientes.*) A vosotras, pero á los que no tenemos mas que el sueldo pelado... y á los que no cuentan mas que con su mérito artístico...

JUV. Qué estais diciendo?

MICH. Nada, señorita, nada. (Si no fueras socia como te diria yo lo que... Pero no hay mas que sufrir y callar.)

DAN. Michonet, tardará en empezar?

MICH. No temais hacer falta; yo os avisaré con oportunidad; ya sabeis que soy la péndola del salon.

DAN. Y péndola que jamás se retrasa.

MICH. Tal es mi deber.

ESCENA II.

Dichos, el PRINCIPE DE ROVILLON *con el* ABATE.

MICH. (Adios! Ya principian á venir moscones Oh! es el Príncipe y el Abate. (*saluda.*) Cuando pienso que este buen señor podria hacer

me socio con una sola palabra, no puedo menos de mirarlo con toda consideracion y respeto.)

(Mientras Michonet dice esto, los actores y actrices que existen en la escena, se adelantan á saludar al Príncipe y al Abate, hablando bajo, y concluido bajan al proscenio.)

Aba. (*á Quinot.*) Adios, visir de los actores; se dice que esta noche estareis admirable.

Rov. Digna pareja de la señorita Duclós.

Mich. Pues y la Adriana? Esa si que estará sublime.

Qui. En mi concepto, concluirá por vencer en la competencia; y puedo vanagloriarme por ello, pues no hay una entonacion en su papel que yo no se la haya enseñado.

Mich. (Podrán darse mayores pretensiones? Oh! si no fueras socio, yo te diria..)

Aba. Aqui tenemos á la señorita Adriana.

ESCENA III.

Dichos, Adriana, *estudiando su papel.*

Adria. No, no es esto.

Aba. Cuánta aplicacion!

Adria. Ah! Señor Abate!

Rov. Está deslumbradora!

Juv. Magníficos diamantes!

Rov. Como regalo de una reina. Muy bellos! Para cuando quiera deshacerse de ellos, ya le he ofrecido sesenta mil libras. (*acercándose á Adriana.*) Siempre estudiando, señorita.

Adria. Y nunca es bastante, príncipe.

Aba. Pues con las lecciones que habeis recibido hoy ..(*mirando á Quinot, este quiere marcharse.*)

Mich. Esperad, señor Quinot, si no se principia aun.

Aba. En el papel de esta noche, por ejemplo.

Adria. Por desgracia no he tenido quien se interese por mi hasta ese estremo! (*mirando á Michonet.*) Me equivoco; iba á ser ingrata, diciendo que no habia tenido maestro. Lo he tenido, y por cierto que es un amigo sincero y franco, cuyos consejos me han guiado siempre bien. (*pasando á su lado.*) Nunca estoy segura del éxito, hasta que le oigo decir: Asi es; muy bien.

Mich. (*conmovido.*) Ba, ba, señores, no le hagais caso, porque es un desatino. (Vamos, si con estos arranques, hace llorar á uno como un chico.)

Aba. Pero señor Michonet, decidme: ¿cómo es que sirviendo para dar lecciones, estais...

Mich. Quereis decirme, que cómo soy tan mal actor, no es eso? Pues no creais; muchas veces me lo he preguntado á mi mismo. Y sabeis en qué consiste? En que no soy socio.

Un criado. Señor Michonet, el primer acto va á empezar.

Mich. Estais dispuestos?

Adria. Yo lo estoy.

Qui. Y la Duclós?

Mich. Hace un cuarto de hora que entré en su cuarto, y estaba escribiendo vestida ya.

Rov. Escribiendo?

Dan. Creo que la esperaban con impaciencia.

Rov. Qué quereis decir?

Dan. Que la criada de la señorita Duclós...

Rov. Qué?

Dan. Me decia hace un momento, enseñándome un billete: «He aqui un secreto que el señor Príncipe pagaria muy bien.

Rov Que yo pagaria bien?

Dan. Lo cual me hace pensar, que no seria para vos. Oh! Pero cuidado que esto no pasa de una suposicion y nada mas; no vayais á creer...

Rov. (Voy á preguntar á la criada.) Abate, voy á ocuparme de nuestro asunto.

Aba. Y dónde nos veremos?

Rov. Aqui mismo, despues del tercer acto. (*vase.*)

Aba. Convenido.

Mich. Vamos, señores, que va á empezar.

Juv. y Qui. Vamos. Vamos. (*vanse todos menos Adriana y Michonet; aquella sentada estudiando su papel; este observándola.*)

ESCENA IV.

Michonet, Adriana.

Mich. Quién ha de decir que con una amistad como la que me profesa, hace cinco años que la amo, y no me he atrevido á decirselo? Pero ya se vé, cómo me he de atrever, si ella es socia y yo no lo soy? Ademas, ella es joven y yo un viejo. Hoy tambien me parece mal dia... aguardemos á mañana; y mañana, qué sucederá? Lo que hoy, lo que me está sucediendo hace cinco años! Nada, me decido. Por otra parte, estoy seguro de que no ama á nadie mas que á su arte. Nada, resolucion, Michonet, resolucion. Vamos. (*aproximándose con embarazo.*) Estudiais mucho, Adriana?

Adria. Si.

Mich. (*con embarazo.*) A propósito del papel, y si esto no te incomoda... Yo que desde tan largo tiempo soy tu confidente, tengo á mi ver alguna cosa ..

Adria. Que consultarme?

Mich. Si por cierto.

Adria. Podeis hacerlo cuando gusteis.

Mich. Es el caso... Te acuerdas de aquel señor tan viejecito? El especiero de la calle de Teron?

Adria. Mucho que me acuerdo.

Mich. Pues bien, el pobre hombre se acaba de morir.

Adria. Pobrecito! Lo siento mucho.

Mich Si, si, yo tambien lo siento, pero la cosa es, que me ha dejado una buena herencia. Diez mil libras tornesas.

Adria. Ah! me alegro mucho!

Mich. Yo tambien me alegro, pero no mucho, porque como yo no he tenido nunca tanto dinero, no sé qué hacer de él, y me trae muy apurado.

Adria. Pues entonces lo siento. (*sonriendo.*)

Mich. No es decir tampoco que lo debas sentir, porque al fin este incidente me ha hecho concebir una idea, que sin él, no me hubiera ocurrido.

Adria. Cuál es?

Mich. La de casarme.

Adria. Hareis perfectamente; asi yo pudiera hacer otro tanto. (*suspirando*)

Mich. Es posible! Con que tambien tú piensas en lo mismo?

Adria. De poco tiempo á esta parte.

MICH. Cómo!

ADRIA. Ese pensamiento me lo ha hecho concebir...

MICH. Quién? Acaba.

ADRIA. Un oficial estrangero.

MICH (*despues de una breve reflexion.*) Y ese oficial, te ama, Adriana?

ADRIA. Asi lo creo. Hace poco ha regresado de una espedicion; y apenas se separó de su general, que lo es Mauricio de Sajonia, vino á asegurarme su mas puro y consecuente amor.

MICH. Estás segura de que no es una seduccion la de ese jóven?

ADRIA. El lenguaje del corazon no admite duda, Michonet.

MICH. Tienes razon. Y cuando volverá á verte?

ADRIA. Esta noche; me ha ofrecido venir al teatro...

MICH. Ay! Dios mio! En que ocasion tan inoportuna!

ADRIA. Y por qué?

MICH Porque esta noche te presentas á hacer un papel nuevo, en rivalidad con una actriz de muchos conocimientos por cierto, y que le merece al público bastantes consideraciones, la cual saldrá con todo el aplomo que se necesita, mientras tú estarás pensando...

ADRIA. Y qué importa eso?

MICH. Importa mucho. La inspiracion es hija de la calma; la Duclós vendrá preparada, se aprovechará de las ventajas que tú misma la proporcionas, y...

ADRIA. Pero yo no podré poseerme tambien y salir airosa?

MICH. No, hija mia, es imposible; tú no harás mas que buscar á tu amante con la vista, y si lo descubres, fijarás en él toda tu imaginacion, y quedarás vencida en el acto por tu antagonista.

ADRIA. Es verdad.

MICH. Nada, nada, en estos momentos debes ser superior á todo, y consagrarte á tu papel. El amor pasa, hija mia, y la bella creacion de un papel inmortaliza á una actriz Ademas, Adriana, el amor de los hombres se alimenta con los alhagos del amor propio; y si la Duclós te aventaja... no serás entonces la mas bella.

ADRIA. Si, amigo mio, sabré serlo!

MICH. Oh! gracias, hija mia, gracias.

ADRIA. Es á mi á quien corresponde darlas, mi buen amigo!

MICH. Déjémonos de eso; fijemos nuestra atencion en el desempeño de tu papel; cuida mucho de espresar los conceptos con toda la energia y perfeccion que es necesaria, para que triunfes en la competencia. Ea, adios... Cuidado con lo que te he encargado; mucha espresion y marcar bien. Ah, no te olvides del tono y dignidad... En fin, tú sabes ya lo que has de hacer.

ESCENA V.

ADRIANA *sola, estudiando su papel; despues* MAURICIO.

ADRIA. Pobre Michonet! Cuanto se interesa por mi!

MAU. Es precioso el salon del teatro de la comedia. Nada mas bello ni encantador. Al entrar por esos corredores, se esperimenta cierto respeto, y sobre todo, cuando se viene com[o] yo por primera vez.

ADRIA. Mauricio!

MAU. Adriana!

ADRIA. Tú aqui dentro!

MAU Si, Adriana; no puedo estar ausente de ti He apercibido una puertecilla, por la que v[i] entrar á una especie de gentil-hombre. . . puesto que él pasaba, yo me crei tambien autorizado para hacer lo mismo. No se pued[e] pasar, me dijo un portero; Por quién pregun[tais]? añadió, por la señorita Lecouvreur.. Tengo que hablarle. Me espera.

ADRIA. Qué imprudencia!

MAU. Y por qué? Quizá porque no soy gentil hombre, no tengo derecho á admirarte? Ademas, tenia necesidad de hablarte para decirte «Yo te amo, Adriana »

ADRIA. Silencio, que no te escuchen! En tu au[sencia] te has acordado mucho de mi?

MAU. Constantemente te he tenido fija en mi ima[gi]nacion. Eras los sueños de mi ventura; po[r] ti estaba dispuesto á batirme con el mund[o] entero, solo por la ambicion de gloria, par[a] aparecer á tus ojos lo mas interesante que pudiera ser. Pero mi suerte ha sido tan adversa que nada he podido conseguir.

ADRIA. Eres muy descontentadizo. Tu jóven general el conde de Sajonia, de quien se habl[a] tanto bueno, y á quien estoy deseosa de conocer, no dudo que te habrá conocido esa propiedad.

MAU. El conde es mas dificil de contentar qu[e] yo. No obstante, me disimula mucho, en razo[n] á que en sus mayores peligros siempre yo l[e] ayudo... En esta espedicion última, he sido herido por defenderle.

ADRIA. Cerca de él?

MAU. Muy cerca.

ADRIA. Oh! La idea de que has sido herido, m[e] hace temblar, y sin embargo, me parece qu[e] siguiendo los peligros, sigues tambien tu camino.

MAU. Ya ves, un militar...

ADRIA. Un militar está obligado á esponer s[u] existencia, pero en este deber tambien ha[y] sus limites. Y tú debes economizar las esposiciones.

MAU. Asi nunca tendré laureles que ofrecerte, y yo los busco con afan.

ADRIA. Es decir que aspiras á un titulo y una reputacion como la de tu jóven general?

MAU. A mas si puedo, hermosa mia.

ADRIA. Será posible que estés celoso de él?

MAU. Jamás me ha ocurrido esa idea.

ADRIA. Eres tambien presuntuoso? Vamos á otr[a] cosa. Qué has hecho del libro que te di?

MAU. Guardarlo como una joya de inestimabl[e] valor. Jamás lo he abandonado, no obstante lo[s] riesgos que he corrido.

ADRIA. No lo has desamparado nunca?

MAU. Jamás; lo cual me ha producido un gra[n] beneficio.

ADRIA. Cómo!

MAU Recibi una estocada, que se embotó en su[s] hojas, y á no ser por él...

ADRIA. Ahora es doble mi satisfaccion, al contemplar que debes la vida á mi libro.

MAU. Ciertamente.

UNA VOZ. (*dentro.*) Señorita Adriana.
ADRIA. Adios, Mauricio, voy á la escena.
MAU. Y yo á la luneta.
ADRIA. Qué sitio ocupas?
MAU. El número 3 de la primera fila.
ADRIA. Me permitirás que te dirija alguna mirada?
MAU. Será para mi un premio.
ADRIA. Pues procuraré hacerlo.
MAU. Hasta despues?
ADRIA. Hasta despues.
MAU. Nos veremos?
ADRIA. Despues de la funcion.

ESCENA VI.

La señorita JUVENOT *y el* PRINCIPE DE ROVILLON *saliendo por la segunda puerta de la izquierda.*

ROV. Gracias, señorita, gracias; no olvidaré nunca el servicio que me habeis hecho. (*colérico.*) No deseaba mas que una ocasion para romper con ella...

ESCENA VII.

Dichos, el ABATE *entra vivamente y se dirige al Príncipe.*

ROV. Ah! sois vos! Venis á recibir mis consuelos ó prodigarme los vuestros?
ABA. Pues qué hay?
ROV. La aventura mas picante para los dos.
ABA. (Si querrá hablarme de su muger?)
ROV. Para vos, sobre todo, pues ya sabeis que tenemos pendiente una apuesta de doscientos luises, sobre el asunto del conde de Sajonia.
ABA. (*vivamente.*) El conde de Sajonia? Ahora acabo de encontrarme con él; y como salió de aqui, vengo á ver ..
ROV. Oh! Si yo le hubiera visto...
ABA. En el número 3 de la primera fila podeis tener ese gusto.
ROV. Perfectamente; todo me ha salido tan bien, que no me queda ya nada que desear.
ABA. Por lo visto hay pruebas...
ROV. Yo no me porto menos. Leed primeramente, y decidme vuestro parecer sobre este billete de invitacion. (*dáselo.*)
ABA. (*lee.*) Por motivos politicos que vos conoceis mejor que nadie, se desea veros esta noche á las diez, en mi casita de la calle *Granja Batelera.* Amor y discrecion! Firma, Constancia.»
ROV. La firma de la pérfida Duclós!
ABA. (*admirado.*) Constancia!
ROV. Verdaderamente el nombre no hace nada al asunto. Lo he adquirido por su criada...
ABA. Ya, os lo ha vendido?
ROV. A un precio exhorbitante. (*hablando con un criado que atraviesa.*) Mozo, este billete al número 3 de los primeros asientos, y sin decir de quien. (*vuélvese hácia el Abate.*) Querido Abate, puedo contar con vos?
ABA. Para qué?
ROV. Para que seais testigo de una aclaracion. Voy á romper con ella.
ABA. Eso es de muy mal gusto para un Abate y un sabio.
ROV. Cuando la ciencia es engañada...
ABA. La ciencia debe callar. El ruido le es permitido al conde de Sajonia, á un soldado, pero á vos! Seria un escándalo!
ROV. Es verdad.
ABA. Nada, nada; la venganza debe ser digna de vos! Los dos amantes, no han resuelto pasar la noche juntos en esa casa que os pertenece?
ROV. Justo; alquilada y amueblada á mi costa.
ABA. Yo daria, siendo mia la casa, una cena deliciosa, completa, á la que invitaria esta noche á todas las damas del teatro de la comedia.
ROV. Conque decis que una cena deliciosa?
ABA. Que yo pagaré, puesto que he perdido.
ROV. Es muy justo.
ABA. Y cuando los dos amantes crean encontrarse solos, se les sorprende con un golpe de teatro; un cuadro mitológico.
ROV. Marte y Venus?
ABA. Precisamente (*interrumpiéndose.*) Ea! id á hacer vuestras invitaciones, y yo voy mientras tanto... (*se oye ruido.*)
ROV. (*ruido de bravos.*) Deteneos!
MICH. (*entrando.*) Eh! Si, es Adriana! Oh! todos la aplauden; la señorita Duclós no sabe ya donde está.
ROV. (*aplaudiendo.*) Bravisimo! Esto comienza ya.
MICH. Qué dice?
ROV. Bravo! Bravo, Adriana! (*vanse por la izquierda.*)
MICH. Hasta el que ella habia subyugado! Semejante prueba de buen gusto me reconcilia con él.

ESCENA VIII.

MICHONET, *solo.*

MICH. (*escuchando.*) Está en el monólogo! Que silencio reina! Cómo los tiene á todos encadenados á la palabra! (*haciendo como que oye.*) Bien, bien! No tan aprisa; eso, eso es! Ah! que acento! Aplaudid, imbéciles! (*se oyen aplausos.*) Está feliz, divina! Oh! y pensar que es para otro su entusiasmo! Y pensar que ella le mira en este momento!.. Oh! esto es horrible! (*aplausos dentro.*) Eso es delicioso! Yo me vuelvo loco! yo rio... yo lloro! Yo muero de dolor y de alegria!... Oh Adriana! Escuchándote lo olvido todo, hasta mis celos! (*buscando á su alrededor.*) En dónde está la carta de Jatima? Yo la tenia ahora mismo .. la habré perdido? (*se pone á buscar la carta en una mesa.*)

ESCENA IX.

MICHONET, MAURICIO; *este entra por la derecha y dirígese á la izquierda en el fondo. Michonet en la mesa.*

MAU. Que contratiempo tan maldito!
MICH. Ah! en este cajon...
MAU. Faltar á mi cita con Adriana... jamás! Por otro lado, este billete de la Duclós que acaba de mandarme á nombre de la princesa!.. Y como hacerla esperar toda la noche fuera de su casa... Imposible. Si yo pudiese hablar á Adriana, decirla... (*baja al proscenio.*)
MICH. A dónde vais, señor?
MAU. Quiero hablar á la señorita Lecouvreur.
MICH. Imposible, está en escena y...
MAU. Cuando saldrá?
MICH. Ella no saldrá ya.
MAU. (Que fatalidad!) Y no podreis decirme...
MICH. Perdonad, tengo que hacer. (*viendo á Qui-*

not que entra.) Quinot, quereis haceros cargo de esta carta para Adriana? Es la del cuarto acto.

QUI. *(con orgullo)* Yo? Me agrada la franqueza! Por quién me babeis tomado?

MICH. Perdonad; quise deciros que dijeseis á la señorita Juvenot que no entrára en escena sin tomar la carta que ha de leer Adriana, y que está sobre esta mesa.

QUI. Está bien; se le dirá. *(éntrase por la izquierda, y Mauricio baja por la derecha.)*

MICH. No está de buen humor Ya comprendo... Ah! la Duclós sale en este momento. *(apróximase á la izquierda.)* Si, esfuérzate, pobre muchacha .. llora .. grita... canta... por mas que hagas, has de ser vencida.

MAU *(tomando un pergamino que Michonet habrá dejado encima de la mesa, lo desarrolla y lee.)* Nada tiene escrito; la casualidad viene en mi socorro. *(escribe con el lapicero y volviendo à arrollar el pergamino lo deja sobre la mesa.)*

MICH. *(mirando siempre al lado del teatro.)* Adriana prosigue... ella habla, y su voz es de una dulzura inefable! Ah! Si yo fuese socio! quizá mereceria sus favores. Uno siempre es joven cuando es socio.

JUV. *(saliendo alegre por la izquierda.)* Michonet' y la carta? La carta para Adriana, dónde está?

MICH. Aqui sobre esta mesa. No os lo ba dicho monsieur Quinot?

JUV. No.

MAU. *(presentándola el pergamino.)* Héla aqui, señorita.

JUV. *(saludando.)* Gracias, caballero. He aqui un oficial galante. *(vase.)*

MICH. Jatima sale á la escena... Le entrega la carta! Bueno!.. Dios! que efecto! Ella se estremece .. se sostiene apenas! Y su emocion es tal, que leyendo el billete ha perdido el color. Eso es admirable! *(aplausos dentro.)* Si, si, aplaudid! bravo, bravo!

MAU. Ha leido mi aviso. Sabrá que no puedo venir á verla esta noche; pero mañana, oh! mañana, lo juro, no faltaré.

ESCENA X.

MICHONET y los actores que entran vivamente por las dos puertas de la izquierda, y se colocan en el órden siguiente: DANGEVILLE, PUISOT, QUINOT, JUVENOT; el PRINCIPE y el ABATE se les vé pasar por el fondo.

DAN. No sé lo que tienen esta noche; aplauden como locos.

JUV. Es muy natural; los partidarios de una y otra actriz sostienen á su favorecida.

ABA. Eso es soberbio!

ROV. El hecho es, que jamás se ha visto tanta belleza...

ADRIA. *(entra agitada por la izquierda.)* (Despues de dos meses de ausencia! Ah! esto es horrible!)

ROV. *(á Adriana.)* Señorita, tendremos el placer de poder contar con vos?

ABA. Yo venia á invitarla.

ADRIA. A mi? Y para qué?

ABA. A la alegre cena que tenemos con todos los actores.

ADRIA. Perdonad, me siento algo indispuesta.

ABA. Razon mas para distraeros... Una cena que tenemos dispuesta en la casita de la Duclós. El joven conde de Sajonia, es el héroe de la funcion.

ADRIA. *(vivamente.)* Desearia conocerle.

ROV. De veras?

ADRIA. Tengo que implorar su favor para un teniente que quiere ser capitan.

ABA. Podeis colocaros en la mesa al lado suyo, y vuestro protegido es coronel á los postres.

ADRIA. Pero acabaremos tarde; me hallaré fatigada, y debo ir á casa antes...

ROV. Bien, pues para que se os cause menos molestia, os daré la llave del jardin, cuya puerta está frente á vuestra casa.

ADRIA Entonces acepto con mil amores.

ROV. El señor Michonet vendrá con nosotros.

MICH. Y mis preparativos para el espectáculo de mañana?

ADRIA. (Si, me ocuparé del ingrato! Esta será mi venganza.)

CRIA. *(desde la puerta.)* El quinto acto principia. *(vase por la izquierda.)*

MICH. Vamos, señores.

JUV. Una palabra, Abate; nuestros coches en dónde estarán?

ABA. Se pensará en todo; ademas se os promete revelar un gran secreto. *(todos le rodean y le preguntan.)*

TODOS. Qué es ello?

ABA. Ya vereis; ya vereis. *(vanse.)* Es un gran secreto y de un efecto sorprendente.

TODOS. Bien, bien.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon elegante en la casita de la granja de la Vatelera, dos puertas al fondo, y una puerta con cristales que figurará ser la de un balcon. En primer término á la izquierda una puerta secreta. En el segundo una mesa en la que habrá un candelabro con bugias encendidas. A la derecha, en primer término, una puerta.

ESCENA PRIMERA.

LA PRINCESA, *sola.*

PRIN. Luis XIV decia: «que era penoso esperar.» Y yo lo confirmo. Y sin embargo, la Duclós me ha mandado á decir que el billete fue entregado. No será otra mujér la causa de que Mauricio falte á esta cita? Oh! Una infidelidad se puede perdonar, pero una groseria... jamás *(levantándose impaciente.)* Y ya son las once Señor conde, hace un año que veniais el primero; hé aqui una hora de retardo, que mi prueba tengo un año mas. Oh! reniego de ella y de vos, que me lo habeis recordado! Yo que habia venido con priesa, con impaciencia por salvaros, me dejais tiempo para que reflexione que puedo tambien perderos; que vuestra fortuna politica está entre mis manos... mas eso seria una torpeza indigna de mi.

ESCENA II.

MAURICIO, PRINCESA.

PRIN. Ah! *(al verle entrar por el fondo.)* Haceis muy bien en llegar.

Mau. Os suplico que me escucheis, Princesa.

Prin. No creais que voy á reconveniros, no. Otras no se acordarian mas que de su dignidad ofendida, yo no mas que del tiempo perdido. (*sonriendo.*) Y como es necesario que antes de las doce esté en mi casa...

Mau. Figuraos, princesa, que al salir del teatro, me pareció que me seguian; di varios rodeos por si era cierto, pero cuando ya estaba en este solitario Boulevard, me volví y vi dos embozados que me acechaban á alguna distancia. Me dirigí hácia ellos, y echaron á correr, pero aun cuando hubiesen corrido mucho, estoy seguro de haberles dado alcance, si el temor de haceros esperar mas, no me hubiera detenido.

Prin Os doy gracias. Pues esa aventura puede que tenga relacion con lo que voy á contaros. Como os lo habia prometido, he estado en Versalles, y he visto á la reina, la que á mis ruegos habló al cardenal de vuestro asunto de Courlandia.

Mau. Cuan buena y cuan generosa sois! Y qué dijo?

Prin. El Cardenal no tiene muchas ganas de conceder los dos regimientos que se le piden, pero como al mismo tiempo quiere complacer á la reina...

Mau. Y entonces, cuál es su opinion?

Prin. No tiene ninguna, ni quiere formarla; y para obrar en favor vuestro, sin comprometerse á nada, os permite tan solo que levanteis esos dos regimientos..... á vuestras espensas.

Mau. Eso me tranquiliza.

Prin. Pues á mí no. Teneis dinero?

Mau. No.

Prin. Entonces, cómo quereis pagar vuestro regimiento?

Mau Es que no les pagaré sino despues de la victoria. Y... hasta entonces, estad tranquila, los conozco perfectamente, correrán por mí á la muerte.

Prin. Está bien, pero aun queda otra cosa. Es cierto que teneis deudas? Qué debeis setenta mil libras al conde de Kalkreutz... que tiene un pagaré vuestro, por el cual, si quiere, puede perderos?

Mau. Y por qué me haceis esa pregunta?

Prin. Porque os amenaza un gran peligro. El embajador ruso ha encargado á la policía que no os pierda de vista.

Mau. Sin duda es la razon porque me han seguido esta noche. Cuanto siento no haberlos podido atrapar!

Prin. Y por qué? Ellos cumplen con su deber. Pero no es esto todo. El embajador moscovita quiere descubrir á todo trance el paradero del conde Kalkreutz que debe estar en Paris.

Mau. Para qué?

Prin Para comprarle ese crédito y poder prenderos

Mau. Hermosa venganza!

Prin. Decid mas bien un golpe maestro, porque preso vos, la Courlandia será minada por las intrigas de la Rusia; los insurrectos se quedarán sin gefe, y se dispersarán las tropas.

Mau. En efecto, teneis razon! Pero, y qué hacer?

Prin. Ya lo tengo pensado. He obtenido palabra del prefecto de policía, el cual me debe su destino, que en cuanto descubra el paradero del conde, me dé aviso inmediatamente, para deciroslo á vos. Entonces vais á buscarlo.

Mau. Si, si, eso es; y me bato con él.

Prin. Al contrario, le proponeis un arreglo... El mejor seria pagarle.

Mau. Ya lo creo. Pero como yo no tengo esa cantidad disponible...

Prin. Desgraciadamente ni yo tampoco.

Mau. Gracias; pero aunque la tuvieseis no la aceptaria.

Prin. Y qué pensais hacer?

Mau. Marcharme mañana mismo.

Prin. Cómo! Marcharos tan pronto?

Mau. No era esa mi intencion, pero tales antecedentes... Ademas, con la autorizacion que me habeis alcanzado para que pueda reclutar libremente, levanto en masa la frontera, y realizo mi plan.

Prin. Oh! No, no, es preciso que os quedeis, aunque no sea mas que algunos dias, siquiera por mí, porque es lo suplico.

Mau. Princesa, jamás he sido ingrato, y lo apareceria ahora si no os hablase con toda franqueza... Ya esta mañana estaba resuelto á deciroslo y...

Prin. Me ibais á revelar que amais á otra tal vez?

Mau. Que sin duda no vale lo que vos.

Prin. Y podré tener el gusto de saber quién es la favorecida, caballero?

Mau. Permitid que os lo oculte.

Prin. Oh! Vos no sabeis de lo que es capaz una muger despechada.

Mau Quizá por ello, he tomado tal determinacion. Pero seamos amigos sinceros No es esto mejor? Os aseguro que no he conocido jamás mujer mas amable, mas seductora que vos.

Prin. Mauricio!..

Mau. Es una verdad, señora.

Prin. Pero es una infamia...

Mau. Os ruego, señora, que suprimais toda reconvencion, porque es injusta: donde no ha habido juramento, no puede haber perjureo. Y sin duda lo habria, si yo faltase para con vos á la amistad y al reconocimiento que os debo.

Prin. Pero me habeis engañado, pérfido!

Mau. Dispensad, señora; pero no es exacto, y cuidado, que yo concluyo siempre por conquistar la libertad que se me niega.

Prin. Eso lo veremos. Y aun cuando debiera perderos á vos y á la que preferis...

Mau Silencio! No ois?

Prin. (*escuchando.*) Si, el ruido de un carruaje.

Mau. Esperabais alguien?

Prin. Yo? No por cierto. La Duclós, que era la única que podia venir, no se atreveria sabiendo.....

Mau. Mirad por ese pabellon, vos que conoceis la casa. (*la Princesa mira con rapidez y vuelve.*)

Prin. Cielos! Mi marido!

Mau. Qué decis?

Prin. Si, estoy segura... le he visto bajar del coche!

Mau. Qué significa esto?

Prin. Lo ignoro, pero no viene solo; viene acompañado de otras personas, que la oscuridad de la noche no me ha permitido distinguir.

Mau. Ya los oigo... suben la escalera!

PRIN. Dios mio, que me vá á pasar!
MAU. Nada, en tanto que yo esté á vuestro lado.
PRIN. No se trata ahora de defenderme, si no de que no me vean en esta casa. Si el principe, si cualquiera sospechára que yo he puesto los pies en ella... mi reputacion estaba perdida!
MAU. Seguro!
PRIN. Ya se acercan. (*señalando la puerta de la derecha.*) Ah! por alli!..
MAU. Pero á dónde dá esa puerta?
PRIN. A un gabinete.
(Atraviesa el teatro rápidamente y se entra en el gabinete de la derecha.)

ESCENA III.

MAURICIO, ABATE, PRINCIPE DE ROVILLON, *abren, entrando al mismo tiempo de esconderse la Princesa, de modo que la ven.*

ROV. Hola! Querido, os habeis sorprendido?
MAU. Señores? (*turbado*)
ROV. He visto á la dama, la he visto!
MAU. Sin duda es una broma.
ROV. Ah! No, no; he visto parte del vestido cuando desaparecia, magnífico, señor conde!
MAU. Pero qué significa?...
ABA. Significa, que lo sabemos todo.
ROV. Y que esto no quedará así, porque es necesario que haya ruido, escándalo, no es verdad, querido Abate?
MAU. Me parece, caballero, que siquiera por vos, se debiera evitar la publicidad. Pero puesto que lo quereis, y lo sabeis todo...
ROV. Todo, y ademas tenemos pruebas.
MAU. (*con frialdad poniéndose el sombrero.*) Pues en ese caso, Príncipe, estoy á vuestras órdenes. El señor consentirá, como espero, en servirme de testigo; y como esta casa, segun creo, tiene jardin, podemos bajar á él.
ROV. Pero... en esta hora quereis bajar al jardin?
MAU. Siempre es hora de batirse... y con tal que concluyamos pronto...
ABA. Hé ahi precisamente en lo que consiste vuestro error. Nosotros no queremos que se concluya pronto; al contrario, queremos que dure mucho.

Amor, amor ardiente!
Tu llama inestinguible
que dure eternamente!

Como dice *Rameau*. Y con un heroismo superior á todos los de su clase, el señor Príncipe os cede vuestra conquista.
MAU. Qué quereis decir?
ABA. Si, pero con la condicion de que el tratado de paz ha de firmarse aquí, cenando, y á la luz de las antorchas.
ROV. Y entre el choque de las copas.
MAU. Segun veo, quereis reir á ..
ABA. Precisamente.
ROV. Mi objeto es el de probar á la Duclós...
MAU. La Duclós?
ROV. Que no me une á ella ningun compromiso.
ABA. Y que si la Francia y la Sajonia se batiesen por su causa, seria cosa que el Príncipe no la perdonaria jamás Ja, ja, ja!
ROV. Ja, ja, ja! Confesad que el lance es chistoso, no es verdad? Pero conde, cómo es eso? En lugar de reiros como nosotros... teneis un aire tan...
MAU. Si, ciertamente; al principio me sorprendí un poco... pero ahora confieso que me va pareciendo tan original...
ROV. No es verdad que si? Ah! ah! Robarme á la Duclós... con consentimiento mio!
ABA. Supongo que no reusareis dar la mano á vuestros nuevos aliados?
MAU. No, por vida mia! Aqui la teneis. (*danse las manos.*)
ABA. Seamos amigos pues, y que no haya rencor; y por si os hace falta un notario, para ratificar el tratado, voy á buscar el autor de la compañia de la comedia francesa, con sus correspondientes testigos. (*vase.*)

ESCENA IV.

MAURICIO, EL PRINCIPE DE ROVILLON.

MAU Y qué es lo que dice?
ROV. Habeis podido dudar de la brillante compañia que os esperaba en mi casa? O mejor dicho, en la vuestra, porque esta noche sois el dueño, el héroe.
MAU. Principe, esto es ya demasiado y...
ROV. Y todo ello sin contar con la gran sorpresa que os preparamos. Una joven encantadora, que desea ardientemente conoceros, y á quien el Abate, como maestro de ceremonias, ha ido á recibir para tener el gusto de presentárosla antes de que nos sentemos á la mesa.
MAU. En ese caso soy yo quien debe salir á recibirla. (Como haria para sacarla de aqui sin que la viesen!) (*se aproxima á la puerta vidriera que ha quedado abierta y observa.*)

ESCENA V.

Dichos, el ABATE; *éste viene de la mano con Adriana.*

ROV. (*yendo hácia ella.*) Llegad, señorita; el conde de Sajonia está aqui esperandoos con impaciencia
ABA. Pero estais temblando?
ADRIA. En efecto, la presencia de un hombre ilustre me conmueve siempre á pesar mio.
ROV. (*llegándose á Mauricio que no los mira.*) La señorita Lecouvreur.
MAU. Cielos! (*volviéndose con rapidez.*)
ADRIA. Ah! (*el Príncipe cierra el balcon, el Abate se pone los guantes.*)
MAU (Es ella!)
ADRIA. (*mirándole.*) El conde de Sajonia! Ese héroe de tanto nombre... no, no es posible! (*se acerca á él.*)
MAU. (*bajo y tendiéndole la mano.*) Calla por mi amor! (*dá un grito de alegria y se lleva la mano al corazon.*)
ADRIA Ah! él es! (*bajando y colocándose entre ellos.*)
ROV. Pero qué es eso? Qué teneis?
ADRIA. Una sorpresa.. muy natural; el señor conde, á quien yo crei no haber visto jamás, era conocido mio, y mucho. Oh! si, mucho.
ABA. De vista solamente?
ADRIA. (*con viveza.*) No; ya nos habiamos hablado.
ROV. En dónde?
ADRIA. En el baile de la ópera.
ROV. Disfrazado sin duda?

Adria. Al señor conde le gustan mucho los disfraces.

Mau. Quién sabe si tendria motivos. Y si os hiciese juez de ellos, señorita...

Aba. Si la haceis juez, os absuelve seguramente, porque tiene interès en que le concedais una gracia.

Mau. Yo?

Rov. Solo esó es lo que la ha decidido á acompañarnos Tiene que presentaros una peticion en favor de un joven subteniente.

Aba. A quien quiere hacer capitan.

Mau. Cómo! Es posible?

Adria. Si... pero ya no me atrevo.

Mau. Y por qué?

Adria. Porque tal vez el pobre oficial que yo creí no tendria mas que su espada, no necesita de mi recomendacion para adelantar en su carrera.

Mau. Vuestra proteccion no podrá menos de hacerle dichoso.

Adria Pues bien; veré, me informaré, y si realmente merece el interés que me tomo por él...

Rov. Tiempo tendreis de hablar de él en la mesa, os pondremos juntos. Abate, á vos os toca, como gran maestro de ceremonias, cuidar de que la cena esté bien servida.

Aba. De las frutas y las flores me encargo con el mayor placer. (*vase.*)

Rov. Yo me encargo de cosa mas importante. Temo que alguna fugitiva quiera escapárseme antes de cenar.

Adria. No seré yo, os lo juro.

Rov. Y para mas seguridad, yo mismo voy á dar la consigna, y á cerrar todas las puertas para que nadie pueda salir antes que venga el dia. (*vase.*)

ESCENA VI.

Adriana, Mauricio.

Mau. (Cielos! qué hacer?)

Adria. Dudándolo estoy aun! Con que vos el conde de Sajonia? Hablad para que me convenza de que es él, él, que me ama, y que sin embargo, siempre eres tú!

Mau. Querida Adriana!

Adria. Mauricio! Con que eres tú? Con que eres el conde de Sajonia?

Mau Silencio por Dios! Este misterio que oculta nuestra dicha, es ahora mas que nunca necesario.

Adria. Ah! no temas nada! Mi amor es tan grande, que ni el orgullo mismo podria añadirle un solo quilate. No habias hablado de una nueva empresa? De un ducado en Courlandia que querias conquistar? Pues bien; Mauricio, conozco que en medio de tantos y tan grandes intereses como te agitan al presente, y sobre los que tendrás que estar continuamente, el amor de una pobre joven como yo, te deberá ser molesto...

Mau. Oh! no, nunca! Jamás!

Adria. Cállate, y... (*señalando al corazon*) encerraré aqui mi ternura y mi orgullo. No me vanagloriaré de tu amor y de tu gloria; te admiraré tan solo como todo el mundo. Otros celebrarán tus hazañas. Y esas enemistades, esos celos odiosos que siguen á los héroes como á nosotros los artistas, tú me los conferirás tambien, y yo te consolaré de ellos. Para los demás tu talento, tu genio. . para mi, no pido otra cosa que tu corazon.

Mau. (*abrazándola.*) Oh! si, si, mi protectora! Mi angel tutelar! Tu solo recuerdo me hará ser un héroe! Me protejerás siempre, no es verdad?

Adria. Si, siempre. A este sitio me trajo el designio de ocuparme de ti... tenia tan buenos antecedentes del carácter de el conde de Sajonia, de su amabilidad... Y, coqueta por amor, venia ansiosa de seducirlo, de encantarlo si era posible... y aun todavia ese es mi proyecto. Sabrás decirme si podré lograrlo?

Mau. Cómo resistirse á una muger tan hechicera? Pero ese conde de Sajonia á quien querias seducir...

Adria. Ahi se esplica tu dicha. Eras el único hombre por quien iba á hacerte traicion.

Mau. Oh! Yo no te la haré jamás, muger encantadora.

Adria. Asi lo creo. Tengo tanta fé en los corazones nobles... Pero silencio, que creo que vienen.

ESCENA VII.

Dichos, el Abate, Michonet,

(El Abate traerá un manojo de ramilletes en la mano. Despues de arreglarlos sobre la mesa se dirige á Michonet.)

Aba. Lo siento mucho, mi querido Michonet, pero esa es la consigna. El que entra no puede salir.

Mich. Con todo, esperaba que un solo instante, y con vuestra proteccion...

Aba. Amigo mio, es imposible. Mi destino por esta noche es solo el que veis; arreglar los ramilletes para las damas. El príncipe es quien se ha encargado de gobernador de la plaza; ha cerrado por su misma mano todas las puertas de la ciudadela, y se ha guardado las llaves.

Mich. Y es cosa urgentisima, cosa del teatro.

Adria. Pobre hombre! Siempre está soñando con su obligacion!

Mich. Como que una indisposicion repentina ha hecho que se cambie la funcion de mañana... y tenia que avisárselo á la Duclos antes que se acueste.

Aba. Ah! bah!

Mich. Tenia que preguntarla si podria hacer el papel de Cleopatra.

Aba. No es mas que eso? Pues no teneis necesidad de incomodaros. La señorita Duclós cena con nosotros.

Mich. De veras? Ah! pues ya no tengo á qué salir.

Aba. Es la reina de la funcion; preguntádselo al señor conde de Sajonia.

Mich. (*mirándolo con sorpresa.*) Es posible? Este caballero es el señor conde de Sajonia?

Adria. Es el mismo, y mi mejor amigo.

Mich. Si no me engaño, á este caballero he tenido el honor de verle esta noche en el salon de descanso del teatro. (*á Adriana.*) Y aun me parece. . que preguntaba por ti.

Adria. Ahora no se trata de mi; si no de Cleopatra y de la señorita Duclós.

MICH. Cierto; y pues me aseguran que está aqui...

ABA. Como que estamos en su casa... (*atando una cinta á un ramillete*) á donde habia dado una cita esta noche al señor conde.

ADRIA. Qué estais diciendo?

MAU. Señor Abate!

ABA. Para hablarle reservadamente. Me consta; y aunque cometo una indiscrecion, porque de esto no debia hablarse antes de la cena... pero no importa, estamos entre amigos, y os puedo referir la anecdota.

MAU. Es que yo no lo consentiré!

ABA Teneis razon, vos la sabeis mejor que yo; por consiguiente, teneis el derecho de referirla.

MAU. (*colérico.*) Caballero!

ABA. Yo lo echariaá perder...Olvidaria algun detalle... pero vos que sois el héroe de la aventura... (*á Adriana.*) Se dignaria admitir este ramillete la mas hermosa, y la mas... Pero Dios mio! qué espresion de fisonomia! Qué espresion tan trágica! Miradla, señor conde! (*vase hácia la mesa.*)

MICH. Adriana! Qué es eso? Què tienes?

ADRIA. (*esforzándose para reir.*) Yo? Nada, no tengo nada. Si acaso... el sentimiento de haber interrumpido la aventura del señor Conde.

MAU. Que por cierto no merece que os acordeis de ella, pues es falsa!

ABA. Permitid, yo no digo que la historieta sea nueva, pero es cierta.

MAU. Y yo os aseguro...

ABA. Pero si habeis convenido hace poco, delante de mi, y delante del principe que...

ADRIA. Vos la habeis visto?

ABA. En el momento que entrábamos aqui, salia la señorita Duclós, y se entraba en ese gabinete, á donde está todavia.

MICH. (En este?)

ABA. Podeis cercioraros de ello.

ADRIA. Yo? (*Adriana va hácia el gabinete; mas Mauricio se interpone entre ella.*)

MAU. Una palabra.

MICH. Pues entonces voy á avisarla. (*éntrase en el gabinete donde está la Princesa.*)

ESCENA VIII.

MAURICIO, ADRIANA, *el* ABATE.

MAU. (*bajo á Adriana.*) Una intriga politica que ni el Principe ni él Abate deben conocer, es lo que me ha traido aqui esta noche. Mi porvenir depende de ello.

ADRIA. Vuestro porvenir depende de la señorita Duclós?

MAU. La Duclós no está aqui, ni jamás la he amado; os lo juro por mi honor!

ADRIA. (*le mira en silencio un momento y luego dice.*) Si, lo creo; pero aun no basta eso

MAU. (*estrechándola la mano*) Pues bien, exijo aun mas. Es preciso impedir que el Abate entre en ese gabinete, y vea á la persona que en él se encuentra, en tanto que yo (el honor y la lealtad me lo ordenan) voy á proporcionar su salida sin que nadie lo perciba, aunque deba para ello ahogar al portero, y hacer saltar los cerrojos.

ADRIA. Id, Mauricio; yo velaré en tanto para que nadie se acerque.

MAU. Gracias, Adriana, gracias! (*vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

ADRIANA, ABATE, *luego* MICHONET.

ADRIA. Lo ha jurado por su honor! Mauricio no puede faltar á semejante juramento... he debido creerlo.

MICH. (*saliendo del gabinete y diciendo à Adriana por lo bajo.*) Adriana, Adriana! Si supieras qué aventura...

ADRIA. (*distraida.*) Qué?

MICH. No es la Duclós!

ADRIA. (No mentia!)

MICH. (*alto y riendo.*) No es la Duclós! Ja, ja, ja!

ABA. (*yendo hácia él*) Cómo! No es la Duclós?

MICH. Silencio! Es un secreto!

ABA. Y qué importa? No somos mas que tres... y para el caso dos, porque yo soy mudo.

MICH. Toma! Eso es lo que se dice siempre, y al fin, acaba por saberse todo.

ABA. Con que no es la Duclós? Y el conde que nos ha confesado que era ella! Pero entonces, quién puede ser? Quién es?

MICH. Eso no lo sé, pero estoy seguro de que no es ella.

ABA. La habeis visto?

MICH. No era posible.

ADRIA. (Me alegro.)

MICH. Era noche completa; como si los barales hubieran estado vueltos y levantadas las pantallas. Pero á tientas tropecé con un trage de muger, y persuadido por lo que me habiais dicho que era la Duclós, le pregunté si queria hacer mañana, en obsequio de la empresa, la Cleopatra. La mano que yo habia cogido se estremeció, y una voz desconocida para mi, esclamó con orgullo: «por quién me habeis tomado?» Por la señorita Duclós, respondi. «Es cierto que estoy en su casa,..» Me replicó.

ABA. Es posible?

MICH. Pero... quien quiera que seais, continuó la persona misteriosa, bajando cada vez mas la voz: Si me proporcionais los medios para salir al instante de aqui, sin ser vista, podeis contar con mi proteccion, y con la seguridad de haber hecho vuestra fortuna.» Yo le respondi que no era ambicioso, que todos mis deseos se reducian á ser nombrado socio de la Comedia francesa.

ABA. Y què mas?

MICH. Qué mas? Que aqui estoy... y que es preciso que me digais qué debo hacer.

ABA. Lo primero, saber quién es esa señora.

ADRIA. Cómo! Señor Abate! Os atreveriais..?

ABA. Sea quien sea, ella estaba aqui con el conde, de eso estoy seguro, y os lo afirmo.

ADRIA. Razon de mas para respetarla. Semejante indiscrecion, seria faltar á todas las consecuencias de la sociedad. Y vos, un hombre tan galante, no creo que os lo permitais...

ABA. Es... que vos .. no sabeis.. ni puedo deciros el interés tan grande que tengo en conocer á esa señora. Si supierais de qué importancia es para mi el tal descubrimiento.

ADRIA. (Mauricio dijo la verdad.)

ABA. La Princesa cuenta conmigo; se lo he prometido, y á todo trance debo averiguar.. (*dando un paso hácia la puerta.*)

ADRIA. No, señor Abate, no entrareis.

ABA. Descuidad; entraré como por casualidad... sin querer.

ADRIA. De ningun modo. Antes llamaré al Príncipe, que no consentirá de ningun modo.

ABA. Pero ahora caigo! Si, si, es mucho mejor! Se lo diré todo al Príncipe, y cuánto se va y alegrar! Cuando sepa que la Duclós está inocente, completamente inocente. De seguro no lo esperaba. (*se va por el fondo.*)

ESCENA X.

ADRIANA, MICHONET.

ADRIA. Ya se ha alejado.

MICH. Y qué quieres hacer?

ADRIA. Hacer salir á esa señora, sea quien sea, y salvarla.

MICH. Por mi, eh? Por mi porvenir?

ADRIA. No; por otro á quien se lo he prometido.

MICH. Siempre él, siempre otro! Y para qué mezclarte en semejantes asuntos?

ADRIA. Porque lo deseo... lo quiero.

MICH. Creeme, hija mia, nosotros no debemos confundirnos con los grandes señores; eso nos suele acarrear desgracias.

ADRIA. He dicho que lo quiero.

MICH. Eso es diferente; pues tú lo quieres, que sea; te puedo servir de algo? Puedo ayudarte en alguna cosa?

ADRIA. No: él ha dicho que no debe verla nadie; ni aun yo misma. (*apaga las bugias, dejando una sola.*)

MICH. Pero hija mia, qué vas á hacer con...

ADRIA. Tranquilizaos. Tened cuidado solamente de que nadie entre á sorprendernos.

MICH. Pero es un absurdo! Vamos... voy... voy... (*sale y cierra la puerta del fondo. Adriana apaga la única luz que hay.*)

ESCENA XI.

ADRIANA, *luego la* PRINCESA.

ADRIA (*á la puerta del gabinete.*) Vamos! No responden! (*llama á la puerta.*) Abrid, señora, en nombre de Mauricio de Sajonia. (*ábrese la puerta.*) Bien sabia yo que no resistiria á este talisman.

PRIN. (*sale*) Qué quereis?

ADRIA. Salvaros! Proporcionaros los medios de que salgais de aqui.

PRIN. Pero si están cerradas todas las puertas?

ADRIA. Tengo aqui una llave del jardin.

PRIN. Oh! qué felicidad! Dadme! dadme!

ADRIA. Pero será preciso que bajeis hasta el jardin sin que os vean, y yo no sé cómo, porque no conozco la casa. (*vase al foro.*)

PRIN. Tranquilizaos. (*dirígese hácia la escena buscando la puerta secreta; la encuentra y abre por medio de un resorte.*) La puerta secreta! Hela aqui! (*bajo á Adriana.*) Y á quién debo semejante servicio? Quién sois?

ADRIA. Qué os importa? Partid!

PRIN. (Esa voz no me es desconocida! Yo creo haberla oido mas de una vez.) Si, si; pero por qué ocultaros á mi reconocimiento? Duquesa de Mirefoix, sois vos?

ADRIA. No, pero no os detengais; apresuraos á huir de los peligros que os amenazan.

PRIN. Segun eso, vos los conoceis? (*con altivez*)

ADRIA. Qué importa que los conozca? Fiad en mi discrecion, y no temais nada.

PRIN. Pero esos peligros, esos secretos, quién os los ha confiado?

ADRIA. Quien me lo dice todo.

PRIN. (Cielos! Qué oigo!) Y quién ha dado á Mauricio el derecho de deciroslo?

ADRIA. (*cogiéndole una mano.*) Y quién os ha dado á vos el derecho de llamarle Mauricio? El derecho de interrogarme? Temblais! Os estremeceis! Si, vuestra mano tiembla! Le amais acaso?

PRIN. Con todo mi corazon!

ADRIA. Que le amais? Pues yo tambien!

PRIN. Ah! entonces vos sois á la que yo busco!

ADRIA. Pero quién sois vos?

PRIN. Mas que vos, seguramente.

ADRIA. Quién me lo probará?

PRIN. Yo, que os perderé.

ADRIA. Y en tanto yo os salvo!

PRIN. Ah! esto es demasiado! Yo veré vuestras facciones.

ADRIA. Eso es lo que yo deseo, para conocer las vuestras.

ROV. (*dentro.*) Bravo! Ahora sabremos la verdad.

PRIN. (Dios mio! la voz de mi marido! Y partir cuando mi rival está en mi poder! Cuando iba á conocerla!)

ADRIA. Quedaos, quedaos pues; ya traen luces.

PRIN. Pues bien, si, me quedaré... (*á media voz*) Oh! no, no puedo.

(Adriana va á la puerta del fondo, y entre tanto la Princesa se va por la puerta secreta, cerrándola tras si. El Principe de Rovillon y el Abate entran con luces en la mano, y dos criados tambien con luces se quedan en la puerta.)

ESCENA XII.

ADRIANA, *el* PRINCIPE DE ROVILLON, ABATE.

ADRIA. (*mira al rededor y no viendo á nadie, esclama con sorpresa.*) Venid, venid. Gran Dios!

ROV. Con que estais seguro de que no es la Duclós?

ABA. Oh! segurisimo.

ROV. Qué felicidad!

ABA. Entremos, y mientras que los demas no sospechan nada de todo esto, nosotros nos cercioramos. (*al mismo tiempo que entran, salen Juvenot y Dangeville siguiéndoles de puntillas*)

JUV. Sigámosles! (*éntranse.*)

ADRIA. Por su honor me lo juró! Ni aun asi puedo mitigar mis temores.

ESCENA XIII.

ADRIANA, MICHONET.

MICH. Vamos, has salvado á esa señora?

ADRIA. Si.

MICH. Entonces ella era la que ahora mismo atravesaba el jardin con el conde de Sajonia.

ADRIA. Estais seguro de lo que decis?

MICH. Cómo que si lo estoy! Y tanto, que al pasar por delante de mi, senti caer una cosa, y era este brazalete que puedes ver.

ADRIA. Dadmelo. Y el conde?
MICH. Se fué con ella.
ADRIA. Con ella!
MICH. Si; pero tranquilízate! No te inquietes mas por ella... él vela por su seguridad.
ADRIA. Ay! Me ha engañado! Ella es á quien ama! (*cae en un sillon.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, PRINCIPE DE ROVILLON, *el* ABATE, JUVENOT, *y* DANGEVILLE.

ROV. Nadie! No he visto á nadie!
ABA. y SRAS. No hay nadie!
ROV. Es igual; de todos modos ya sabemos que no era la Duclós. Sea quien sea, á mi que se me importa? Con que el brazo á las señoras y á cenar. (*coge del brazo á las dos, y el Abate vá á ofrecer el suyo á Adriana ; cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de recibimiento, muy elegante, en el palacio del Príncipe de Rovillon; puerta al fondo y dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

MICHONET, *saliendo de la puerta izquierda, y haciendo muchas cortesias.*

Gracias, señor Príncipe, gracias! Os ruego que no os molesteis. Oh! es demasiado honor! (*baja al proscenio.*) Un Príncipe de Rovillon, un descendiente de Godofredo de Rovillon, salir á despedirme hasta la puerta de su gabinete!.. á mi.,. á un autor!.. Al representante de la empresa!... Digo? Que hubiera hecho si yo fuera socio... Pues señor, heme aqui que puedo alabarme de haber desempeñado mi comision en toda regla! Cáspita si puedo! A las mil maravillas (*mirando el reloj del salon.*) Jesus! las doce, y yo no he estado á la hora en el ensayo!.. Qué dirán de mi! Esta es la primera vez de mi vida que me sucede. Vamos, esto es un desórden! Un escándalo! Pero ya se vé, me lo pidió por favor!... Se empeñó tanto! Estaba tan impaciente, que antes de que hubiese salido, ya queria que estuviese de vuelta.
CRIA. Si, señorita, aqui está todavia. (*entra por la puerta del fondo.*)
MICH. Pues! No lo decia? Ya está aqui.

ESCENA II.

MICHONET, ADRIANA.

ADRIA. Qué ha sucedido? Por qué os habeis detenido tanto? Dos horas hace que estoy esperando, y ya creia que algun obstáculo...
MICH. Ninguno. A Dios gracias, ¡todo ha salido á pedir de boca. A tu solo nombre se han abierto todas las puertas! Oh! eso si; es preciso hacer justicia á estos grandes señores, adoran á los artistas... nos adoran! Señor Principe, le dije: frecuentemente os habeis dignado repetir á la señorita Lecouvreur que le dariais, cuando quisiese, sesenta mil libras por los diamantes que debe á la liberalidad de la reina. Ciertamente, y no me desdigo. Pues bien, y llegó la ocasion, añadi. Adriana me envia, po supuesto con todo secreto, para que la hagai ese favor. Y cuenta con vuestra discrecion; e preciso que no lo sepa nadie!» Ya ves, me pa rece que no podia haberme esplicado mejor.
ADRIA. (*impaciente.*) Bien, y qué?
MICH. Al pronto pareció sorprenderse, y me pre guntó que por qué te deshacias... á qué fin Pregunta á la que no pude tener el gusto d responder, en atencion á que tú no me ha comunicado tus intenciones. En seguida s puso á escribir un bono sobre la caja de ar rendadores-generales, y dijo pronunciand esta frase, que la conservo íntegra, porque m pareció muy bien: «Decid á la señorita Lecou vreur, que yo no considero este aderezo ma que como un depósito.» Despues añadió co una sonrisa que no me pareció tan bien: «De pósito, que cuando quiera, podrá venir á re clamar en persona.
ADRIA. (*con impaciencia.*) Bien; pero y las sesent mil libras?
MICH. Aqui las tengo.
ADRIA. Ah! respiro. Si supiérais cuanto he sufri do en estas dos horas, no hubiérais echad tanto tiempo; porque el dia va adelantando, me quedan muchas cosas que hacer aun.
MICH. Si, las diez mil libras que hacen falta mas Como me digiste, aqui las tengo tambien.
ADRIA. Dios mio! Es posible?
MICH. Empecé por buscarlas, y eso es lo que m ha detenido. Te pido que perdones...
ADRIA. Vos me las habeis buscado! Y en dónde?
MICH. En casa del notario que tiene la heren cia de mi tio, el especiero de la calle Feron
ADRIA. Esa herencia! Vuestra única riqueza!. Todo lo que poseiais... No, no puedo acepta semejante sacrificio.
MICH. Y por qué no?
ADRIA. Yo podré esponer mi fortuna, pero no l de un amigo.
MICH. Esponerla? Qué es eso de esponer? A ver á ver, esplícame...
ADRIA. Imposible! No puedo decirlo.
MICH. No puedes? Bien, pues entonces... si n puedes, no necesito saber mas. Tómalas, y dis pon de ellas como quieras.
ADRIA. (*con indecision.*) De ningun modo... ma bien, luego hablaremos de eso. Guardad es dinero, y llevadlo inmediatamente á la emba jada de la calle de San Honorato.
MICH. Del embajador de Rusia?
ADRIA Si, si, al mismo Se lo entregareis en pag de una letra de setenta mil libras, á nombr del conde de Kalkreuz...
MICH. Cómo?
ADRIA. (*impaciente.*) El conde de Kalkreuz, u sueco.
MICH. (*con dulzura.*) Pero... no comprendo...
ADRIA. Ni teneis necesidad de comprenderlo. Silencio, que está aqui el Abate.

ESCENA III.

Dichos, el ABATE.

ABA. (*entrando por el fondo.*) Que veo! La señorita Lecouvreur en casa del principe de Rovillon! Por ventura vendreis á escusaros? No tendremos el gusto de veros esta noche?

ADRIA Oh! nada de eso. Ahora mas que nunca cumpliré mi palabra al Príncipe, y vendré.

ABA. Respiro! Porque si no, ibais á causar un sentimiento á unas señoras para quienes es una gran satisfaccion el veros y el oiros. Por desgracia, será posible que no pueda asistir uno de vuestros mas entusiastas admiradores.

MICH Quién?

ABA. Ese pobre conde de Sajonia.

ADRIA. (Qué oigo?)

ABA. Le ha sucedido la aventura mas original del mundo Como mi prurito y mi única ocupacion es saber todas las noticias, para tener el gusto en ser el primero en referirlas, acabo de saber esta. Oh! y por muy buen conducto. Imaginaos, que no se trataba aqui de nada menos para él, que de partir esta misma semana para conquistar la Courlandia, y de ahi, llegar á ser Gran-Duque, rey, qué se yo! (*riendo.*) Pues á que no adivinais quién le arrebata su corona? Quién lo detiene en medio de su conquista?

MICH. No es facil!

ABA. (*riendo.*) Una letra de cambio de setenta mil libras.

MICH. (*espantado.*) Cómo! qué decis?

ABA. Que el embajador de Rusia ha comprado con el fin de vencer por medio de alguaciles al caudillo á quien temia.

MICH. (*espantado.*)Es imposible!

ABA. (*riendo.*) Os lo afirmo, señor mio; y lo mas curioso aqui, es, que ese crédito, quien lo tenia antes era el conde de Kalkreuz, el cual,..

MICH. (*vivamente.*) Un sueco!

ABA. Le conoceis?

MICH. (*colérico y mirando á Adriana.*) Si señor, seguramente.

ABA. Y segun parece, y esto no es lo mas sorprendente, es que una gran señora es la que...

ADRIA. (*prontamente.*) Una gran señora?

ABA. A quien desgraciadamente no conozco, pero que espero conocer... la que en un arrebato de celos ha preparado la intriga De manera que en este momento, el héroe sajon gime en una mazmorra sus consecuencias. Aqui teneis la aventura primitiva, en su primera edicion; os la regalo para que podais embellecerla á vuestro gusto. Yo, corro á confiarla á las meditaciones del Príncipe Adios, señorita. (*vase por la puerta izquierda; Michonet le acompaña maquinalmente, lo sigue con la vista, algunos instantes depues baja y se queda á la derecha.*)

ESCENA IV.

ADRIANA y MICHONET. *Adriana pensativa y con los ojos bajos.*

MICH. Es cierto lo que acabo de escuchar? Con que es al conde de Sajonia á quien amas?

ADRIA. (*bajo.*) Si.

MICH. Y á quien quieres salvar?

ADRIA. (*id.*) Si.

MICH. A precio de tu fortuna?

ADRIA. A precio... hasta de mi sangre. (*con pasion.*)

MICH Pero no has oido que no te ama, que ama á otra?

ADRIA. (*entre resignada y resuelta.*) Lo sé.

MICH. Y te atreves á confesármelo... y no te avergüenzas?

ADRIA. Ah! vos no comprendeis que se puede amar... sin querer.

MICH. Si.

ADRIA. Tratando de ocultarlo á todo el mundo, y hasta á si misma... colorándose de verguenza, de esa verguenza que hasta tambien es amor.

MICH. (*con pasion.*) Si, si, lo comprendo! Perdon, Adriana, perdon á un insensato por haberte hablado asi. Pero, dime, qué esperas?

ADRIA. Nada. .(*con amor.*) mas que salvarlo! Porque, ¿no nos han hablado hace un momento de una rival, de una gran señora?

MICH. Si, la del brazalete sin duda, por la que te prefiere y te ha engañado.

ADRIA. Es verdad! Pero no me lo recordeis, porque es como si me punzáran aqui (*señala el corazon.*) con un hierro agudo... y no es esa vuestra intencion.

MICH. (*vivamente y con mucha bondad*) Oh! no, no, puedes creerme.

ADRIA. (*con energia.*) Y á esa rival yo quiero conocerla y la conoceré! Si, para decirle... por vuestra causa ha sido preso, y por la mia ha recobrado la libertad... hasta la de veros, la de amaros, la de engañarme aun! Juzgad vos misma, señora, cuál de las dos le ama mas.

MICH. Pero... y él?

ADRIA. El!... me ha engañado!.. Para siempre concluyó para mi!

MICH. Muy bien hecho; pero, entonces, dime, para qué sacrificarte por un ingrato?

ADRIA Por qué? Y vos me lo preguntais! Por ventura, me está prohibida la venganza y la manera de vengarme? No acabais de oir de lo que se trata para él? No sabeis que hasta puede alcanzar una corona? Pensad, pues, si fuese á mi á quien se la debiese! Si llegára á ser rey por la ternura de aquella á quien habia abandonado!.. A quien habia engañado! Por el amor de una pobre cómica!.. Ah! entonces, por mas que hiciera, nunca podria olvidarme. Porque sino su amor, su poder, su gloria misma, le hablarian de mi. Y ahora .. comprendeis mi venganza? «De beneficios mil quiero agoviarlo.» Corneille lo ha dicho y yo quiero hacerlo. Marchad, corred á librarlo, amigo mio; en mi casa os estaré esperando. (*vase fondo.*)

ESCENA V.

MICHONET, *tomando el sombrero, el que estará sobre un sillon.*

Harta razon tiene para contar conmigo, porque soy diez veces mas insensato que ella! Porque al fin ella dá su fortuna por un amante y es muy natural! Pero yo que doy la mia por mi rival! (*suspirando.*) En fin, paciencia, ella lo quiere .. Pero lo particular es lo que me pasa, lo que siento .. lo particular es que sufro, y que es por ella.. porque él no la ama, y el cuento es que me pondria furioso si la amára! Diablo! Una señora! (*viendo salir á la Princesa.*) Ah! será la dueña de la casa. (*saluda sin que la Princesa mire.*) No me vé?.. Pues señor, no la distraigamos. Vámonos á cumplir la comision, y á llevar nuestro dinero á la Rusia. (*vase.*)

ESCENA VI.

La PRINCESA, *á poco el* ABATE.

PRIN. (*muy pensativa y como hablando consigo misma.*) Que vaya ahora Mauricio á reunirse con mi rival, lo desafio; porque no es tan facil la empresa. Lo único que me inquieta algo, es ese maldito brazalete, y que perdi en mi huida... Pero cuándo?.. Sin duda cuando subi al coche, que me vi en la precision de alquilar Aunque por otro lado, nadie sabe que ese brazalete me pertenecia. Algunos diamantes menos y nada mas. Lo esencial, lo importante para mi, es conocer á esa muger que egerce sobre él tal imperio... *á la que confia todo....* Cuando recuerdo que he tenido ese secreto... mas aun, que he tenido á esa rival entre mis manos, y que todo se me ha escapado... me parece..... Pero callemos, que viene aqui el Abate.

ABA. (*saliendo por la puerta izquierda.*) Sois vos, señora? Tan temprano y ya estais deslumbradora.

PRIN. He querido estar pronta para recibir á mis amigos, y mientras vienen estaba soñando.

ABA. No será conmigo, estoy seguro.

PRIN Quién sabe si con proyectos de venganza... proyectos en los cuales no os he prohibido el ayudarme... al contrario!

ABA. Pues bien, señora; ya me veis, estoy furioso. No sé nada á la hora de esta.

PRIN. (*sonriendo.*) De veras? Oh! entonces estoy tranquila; porque, esperaba tanto de vuestro talento, y de vuestra habilidad... que empezaba á espantarme de la recompensa prometida; pero gracias al cielo... y á vos...

ABA. (*vivamente.*) No hableis asi, porque me desesperais! Hubo un momento en que creia que ya la conocia; todo me probaba que era la Duclós..

PRIN. La Duclós!

ABA. Hasta vuestro marido parecia convencido. Me lo dijo, y me lo demostró...

PRIN. Razon de mas para no creerlo! Pues para que veais, Abate, yo he sido mas dichosa ó mas hábil que vos; yo he visto á esa beldad misteriosa! Por una casualidad, singularisima.

ABA. De veras!

PRIN. Si; desgraciadamente no pude distinguir sus facciones, pero le oi pronunciar algunas palabras... una frase que he conservado integra; esta: «Fiad en mi discrecion y no temais nada. Vuestro secreto me ha sido confiado por quien me lo dice todo.» Esto es bien insignificante; pero lo particular es, que aquel acento y aquella voz me son perfectamente conocidas. Cuanto mas lo recuerdo, tanto mas se me figura que lo he oido mil veces.

ABA. Lo creeis asi?

PRIN. A no dudarlo. En dónde, es lo que no puedo decir. Al pronto crei que era la duquesa de Mirepoix, y corri inmediatamente á hacerle una visita; pero qué, me he encontrado con una voz ágria y aguda que lastima los nervios. Visité otra porcion de amigas... Soporté con valor su charlatanería, me resigné al fastidio que me inspiraban, y todo ha sido inutil, ninguna era. Y con todo, estoy segura que esa voz la oigo con frecuencia, diariamente en m[i] sociedad intima.

ABA. Esperad! Habeis visto á la duquesa d[e] Aumont?

PRIN No; por qué?

ABA. Es una inspiracion! Una idea que me h[a] ocurrido...

PRIN. En efecto, el interés que tomaba ayer po[r] el conde de Sajonia, y que descubria á pesa[r] suyo! Tantos detalles como conoce de su vid[a] privada, y que dice saber de su primo...

ABA. (*riendo maliciosamente*) Su primo!..

PRIN. Tampoco creeis en los primos?

ABA Ni pizca; generalmente no se les toma ma[s] que como un manto contra la tempestad.

ESCENA VII.

Dichos, y un CRIADO.

CRIA. La señora duquesa de Aumont.

PRIN. (*bajo al Abate.*) El cielo nos la envia. Sois vos, hermosa mia? Qué amable sois al veni[r] tan temprano. El Abate y yo estábamos hablando de vos, y hasta quién sabe si hubiéramos hablado mal.

DUQ. (*sonrie.*) De veras?

ABA. (*bajo á la Princesa.*) Es la misma voz?

PRIN. (*id.*) Hacedla hablar y observaré.

ABA. (*pasando al otro lado.*) Con que la señor[a] Duquesa gusta tanto de oir á la señorita Lecouvreur?

DUQ. Seguramente.

ABA. Oh! es un talento...

DUQ. Privilegiado.

ABA. En tanto que el de la Duclós...

DUQ. Nulo.

PRIN. (Creo que no obtendremos una frase entera.) Empiezo á ser de vuestra opinion, Duquesa, y me parece que para poder apreciar debidamente el mérito de la señorita Lecouvreur, y la naturalidad en su decir, es preciso haber sido actriz, aunque de aficion, y conocer las dificultades de esa profesion. Yo que pertenezco á la seccion dramática de la reunion del gran Duque. .

DUQ. Oh! vos debeis hacerlo muy bien.

PRIN. Nada de eso; soy muy torpe. Ahora estaba ensayando con el Abate cuando entrasteis.

DUQ. A estorbaros?

PRIN. Nada de eso; al contrario, si quisiérais, nos podriais ayudar.

DUQ. Y cómo?

PRIN. Tengo en la primera escena una frase que no puedo decir naturalmente, como quisiera; porque lo dificil es lo natural, decir como se habla, y nada, no puedo.

DUQ. Y cuál es?

PRIN Esta. «Fiad en mi discrecion, y no temais nada, vuestro secreto me ha sido confiado por quien me lo dice todo.»

DUQ. Pues es bien facil.

PRIN. De veras? Quisiera oirosla pronunciar.

DUQ A mi!

PRIN. Veamos, cómo lo diriais?

DUQ. Yo? De ningun modo.

PRIN. (*bajo al Abate,*) Se desentiende.

ABA. (*id.*) De seguro es ella.

PRIN. Felices, queridas mias, felices. (*yendo á recibir á las señoras que entran por el fondo*)

ESCENA VIII.

El Principe de Rovillon, *la* Marquesa, *la* Princesa, *la* Baronesa, *la* Duquesa *y el* Abate.

(Mientras que las señoras entran por el fondo, salen varios caballeros por la puerta derecha con el Príncipe. Las señoras toman asiento en los sillones. Los caballeros quedan de pié hablándolas.)

Rov. (*á la derecha.*) Si, señores, la noticia es auténtica. (*saludando á las señoras.*) Puedo aseguraros que en este momento está ya libre, completamente libre.

Duq. Pero .. quién?

Rov. El conde de Sajonia.

Prin. (Mauricio! Cielos!)

Mar. Ah! Con que tambien sabeis la noticia...

Bar. Con efecto, ha corrido ese ruido. Esta mañana se dijo que el futuro soberano estaba preso á causa de una deuda muy considerable. Es cierto?

Mar. Y tan cierto como es.

Duq Entonces, cómo está ya libre?

Mar. Toma! Una aventura de las que suceden á cada paso. Una novela ..

Mar. La mas natural del mundo, y la mas vulgar tambien Que han pagado sus deudas.

Bar. De veras, Marquesa? Y no creeis que esta es una aventura estraordinaria?

Prin. Si por cierto. Pero se sabe quién la ha pagado?

Mar. Preguntádselo al Príncipe; porque mis noticias no alcanzan mas que hasta ahi.

Rov. (*gravemente.*) Pues yo, señoras...

Varios. Qué, qué?

Rov. No he podido saber mas tampoco. Lo que prueba claramente...

Aba. Que es falsa la última noticia. Porque sino, yo que lo sé todo, sabria esa tambien.

Mar. Pues os equivocais, porque la he sabido por una amiga íntima del conde.

Rov. Y yo por el mismo Florestan, que ha estado hablando con Mauricio. Por mas señas que ha ido á desafiar al conde de Kalkreutz de su parte.

..s. El que le vendió el crédito al embajador moscovita?

Rov. El mismo.

..q. Accion por cierto indigna de un caballero.

..v Ya el conde le ha pedido satisfaccion, y á la hora esta ya se habrán batido.

..in. Y no se sabe resultado ninguno?

..v. No; todavia no se sabe nada Y ese pobre Mauricio que debia venir esta noche...

..q. No tengais cuidado, ya vendrá.

..in. (*observándola con ansiedad.*) Con que os parece que vendrá?

ESCENA IX.

Dichos, y un Criado.

..a. (*anunciando.*) La señorita Lecouvreur, y el señor Michonet de la Comedia Francesa.

..,. Gracias á Dios! (*muchos salen á recibirlos.*)

..r. (*se queda con la Baronesa en el proscenio.*) Con que esta noche tenemos tragedia?

..:. Y comedia.

..r. Al Príncipe le gustan mucho.

..:. Y á la Princesa tambien.

Rov. (*bajando y trayendo de la mano á Adriana.*) Señorita, os damos un millon de gracias por el honor que nos dispensais.

Duq. (*á la Princesa.*) Princesa, hacedme el gusto de presentarme á esa señorita. Hace tiempo que soy su admiradora, y estoy deseando hablarla.

Prin. (*presentando á la Duquesa.*) Señorita... La señora duquesa de Aumont.

(La Princesa hace pasar á Adriana junto á la Duquesa, la Marquesa y la Baronesa, quienes la rodean. El Príncipe y el Abate se les acercan. Michonet está solo á un estremo de la derecha. La Princesa va á hablar con las señoras que habrán permanecido sentadas.)

Adria. Señoras, me confundis al dispensarme tanto honor.

Mich. (Justicia, hija mia, justicia Y si no, á ver si no estás tan bien como la primera.)

Adria Ya que la benignidad de estas nobles señoras ha llegado hasta el estremo de...

Prin. (*como sorprendida al oir su voz.*) Cielos!

Adria. Dar á la humilde artista ocasion para que pueda estudiar esas distinguidas maneras, ese esquisito buen tono que solo se encuentra en estos salones...

Prin. (Qué escucho! Esa voz..!)

Adria. Voy á observar con cuidado, para tratar de copiarlo fielmente. (*sigue hablando bajo con las señoras.*)

Prin Cuanto mas la escucho, mas se me figura ser la misma. No, no; es imposible, desvario! Oh! no es en mi oido, es solo en mi imaginacion donde resuena aquel sonido de voz que me persigue siempre.

(La Duquesa y las demas señoras hacen sentar á Adriana con ellas y continuan hablando. El Príncipe y algunos caballeros la rodean.)

Pero qué idea! Si seria esa rival por la que me abandona, una muger del teatro, una cómica? Y por qué no? No tienen ademas de la hermosura que pueden tener todas las mugeres, el encanto, el prestigio que dan el talento y la gloria? En este mismo momento, no están todos admirándola? Casi adorándola? Por qué no ha de ser él como ellos? Ah! esta duda es insoportable... y á cualquier precio quiero salir de ella.) (*volviéndose hácia el Príncipe que en este momento deja á Adriana y se le acerca.*) No os parece que se puede empezar?

Rov. Es necesario que esperemos al Conde, pues aseguran que vendrá.

Prin. (*mirando á Adriana y con intencion.*) Me parece que nos lisongeais con una vana esperanza, porque no vendrá. (Está escuchando, y se ha estremecido.)

Rov. Qué es lo que os hace pensar asi? No os han dicho que está libre... y libre por las manos del amor?

Prin. (*observando.*) (Otra vez se ha estremecido! Si lo habrá librado ella?) No ha sido mi idea destruir vuestras esperanzas... pero como sabeis que se ha batido...

Adria. (Que se ha batido!)

Prin. (Apenas puede contenerse.) Y el Abate, que lo sabe todo, me ha dicho que el conde habia salido herido de mucha gravedad.

Aba. (*espantado*) Yo! Señora...

Prin. (*bajo.* Callaos. (*dá un grito y corre hácia Adriana que se habrá desmayado.*) La señorita Lecouvreur se ha puesto mala.

MICH (*precipitándose hácia ella.*) Adriana!
BAR. y MAR Dios mio!
ADRIA. (*volviendo*) Oh! no es nada... nada... las luces . el calor .. (*á la Princesa que le habrà hecho aspirar un frasquito.*) Mil gracias, señora! (Dios mio! qué mirada!)
CRIADO. (*anunciando:*) El señor conde de Sajonia!
(Se oye un rumor general de sorpresa. Las señoras abandonan á Adriana y con otros caballeros van á recibir al Conde. Adriana revelando la alegria en su semblante, hace la esclamacion que se le marca y un movimiento como para ir tambien. Michonet la detiene por la mano. Durante un momento, la Princesa y Adriana se miran fijamente.)
ADRIA. Ah!
MICH. (*bajo*) Ten cuidado! La alegria es mas dificil de ocultar que el dolor. (*bajan todos.*)

ESCENA X.

Dichos, y MAURICIO.

ROV. Cómo es esto! Pues si nos dijo el Abate que estabais herido de gravedad?
ABA. Permitid que reclame, Príncipe...
MAU. Ba! Desde que murió Carlos XII la Suecia no sabe batirse.
PRIN. (*riendo*) De modo que ese pobre conde de Kalkreutz...
MAU. Fué desarmado al segundo pase.
ROV. Recibid mi enhorabuena.
MAU Gracias.
(El Príncipe, el Abate y la Duquesa se ponen á hablar con las otras señoras y caballeros. Mauricio queda junto á la Princesa, á quien habla bajo y sin mirarla.)
MAU. Teniais razon, Princesa, en decirme que me hariais volver.
PRIN. (*con alegria.*) Cielos!
MAU. (*siempre bajo.*) Queria haber partido sin veros, pero despues del servicio que me habeis prestado... Servicio que por otra parte no puedo aceptar..
ADRIA. (*mirándolos atentamente.*) (Le está hablando bajo!.. Si será ella!)
PRIN. Qué quereis decir?
MAU. Que es absolutamente preciso que os hable.
PRIN. Pues esta noche, cuando se haya marchado todo el mundo.
MAU. Bien. Señorita Adriana... (*la Princesa se aleja, Mauricio se vuelve, vé á Adriana y la saluda profundamente.*)
ROV. Vos, Conde, nos sacareis de esta duda; venid.
(Se aleja hablando con él y desaparecen algunos momentos en los otros salones. En este tiempo la Baronesa y la Marquesa se han acercado á Adriana, y durante el movimiento de la escena anterior, Michonet que estaba á un estremo de la derecha, ha subido y se ha quedado algun tiempo en el fondo. Luego habrá vuelto à bajar á un estremo de la izquierda. En este momento están los actores colocados del modo siguiente: Michonet, á la izquierdà separado de los demas; algunas señoras sentadas en segundo término; detrás de ellas, y en pié, algunos caballeros hablándolas. En primer término, hácia el proscenio, como formando un grupo particular, la Duquesa, el Abate, la Princesa, la Marquesa, la Baronesa y Adriana.)
ABA. (*bajo á la Princesa.*) Princesa, desearia saber por qué hace poco me acusabais así de....
PRIN. (*alto.*) Por qué? Porque nunca sabeis lo que pasa.

(Se vuelve riendo hácia las dos señoras que están á su izquierda. El Abate deja el lado de la Princesa y pasa entre las dos señoras como para disculparse.)
PRIN. (*continuando.*) Figuraos, señoras, que este pobre hombre desde ayer se está afanando por descubrir un secreto, inutilmente. Una bella desconocida, á quien adora el conde de Sajonia... Y á mi me parece que tal vez la señorita Lecouvreur, podria decirnos algo que aclarase el misterio.
ADRIA. Yo, señora!
PRIN. Sin duda... En el gran mundo aseguran que el objeto de su amor, es una joven de teatro.
ABA. Qué disparate!
ADRIA. Pues es particular! En el teatro aseguran que es una señora del gran mundo.
ABA. Eso creo yo mejor.
PRIN. Y mi crónica habla hasta de cierto encuentro nocturno...
ADRIA. Y la mia de una cita en cierta casa.. tambien de noche...
DUQ. Sabeis que se va haciendo interesante?
PRIN. Se decia que la cómica habia sido sorprendida por una rival celosa...
ADRIA. Tambien afirmaban que la gran señora habia sido arrojada por un marido indiscreto.
DUQ. Cuidado, que estais bien instruidas!
ABA. Es preciso convenir en que por esta vez están mas que yo.
DUQ. Pero para ponernos en estado de decidir cuál nos dará las pruebas?
PRIN. La mia es un ramillete que la hermosa dejó en manos de su amante; un ramillete de rosas atado con una cinta de seda y oro...
ADRIA. (El mio!)
DUQ. Y vuestra prueba, señorita?
ADRIA. La mia? La mia es, que al huir la gran señora, dejó caer en el jardin... un brazalete de diamantes.
PRIN. (Mi brazalete!)
ABA. Parece un cuento de las mil y una noches!..
ADRIA. Oh! no por cierto, que es la realidad. porque ese brazalete, me lo han entregado.. (*enseñándole.*) y... helo aqui.
ABA. (*tomando y enseñándolo á la Marquesa y á la Baronesa, entre las que está colocado.*) Magnífico! Mirad, señoras.
PRIN. (*echa una mirada sobre el brazalete y dice con frialdad.*) Admirable! Está muy bien trabajado.
(Cuando adelanta la mano para cogerlo, el Príncipe que ya habrá entrado en el salon con Mauricio, y que habrá ido aproximándose al grupo, se interpone entre la Marquesa y la Princesa. Esta se retira hácia la Duquesa, disimulando.)
ROV. Qué es eso? Qué es lo que admirais de esa manera?
ABA. Este brazalete.
ROV. Ah! el de mi muger...
TODOS. Su muger! (*con acento de sorpresa muy marcado.*)
ROV. (*subiendo y enseñando á todo el mundo el brazalete con aire muy satisfecho.*) No es cierto que es de muy buen gusto?
ADRIA. (Era ella!)
(Durante el desórden producido por este incidente, la Duquesa, la Princesa, el Príncipe y las otras señoras

suben un momento unos tras otros. Adriana que estará en el esrremo derecho, atraviesa la escena con agitacion y se coloca junto á Michonet.)

Prin. (*en el centro del teatro, poniéndose el brazalete que le habrá entregado su marido.*) Pero ya que el conde de Sajonia se encuentra aqui... si la señorita Lecouvreur tuviera la bondad de decirnos algunos versos...

Adria. (*fuera de si.*) Versos!.. yo!... en este momento!

(Las señoras que han permanecido sentadas, se levantan y se dirigen hácia la derecha del salon, hablando como si censurasen aquellas palabras.)

Mich. (Cálmate, y aprende! Aqui hay mejores cómicos que entre nosotros!)

(Las señoras y los caballeros se habrán colocado á la derecha delante de las dos filas de sillones que habrá en esta parte del salon.)

Mau. Señorita... os dignariais...

Adria. (*con frialdad.* Si, señor conde.

Rov. Qué felicidad! (*con un tono muy amable.*) Sentémonos, señoras. Señor Conde, venid; aqui teneis asiento.

Adria. (Verlos allí, delante de mis ojos... juntos... Dios mio! Dadme fuerzas para contenerme...)

Rov. Qué nos vais á declamar?

Duq. El sueño de Paulina.

Mar. Hermione.

Bar. La Camila de los Horacios.

Prin. (*con ironia.*) No, el monólogo de Adriana abandonada.

Adria. (Oh! esto es demasiado!)

Duq. (*que estará sentada á la derecha de la Princesa.*) No, no. La Fedra, que tan divinamente ejecutó anteanoche.

Adria. (*vivamente.*) La Fedra; sea.

Algunos Escuchemos!

(Todos estarán colocados á la derecha como se ha dicho anteriormente: Michonet sentado á la izquierda saca varios papeles del bolsillo, toma el de la Fedra, y se prepara á apuntar. Adriana será la única que estará de pié en medio del teatro, recitando con una agitacion y un ardor siempre en aumento; los ojos fijos en la Princesa, la que se inclinará alguna que otra vez para hablar al oido al Conde con mucha afectacion.)

Adria El momento terrible que esperaba
(*declamando.*)
ya se acerca, ¡ay de mi! Vuelve mi esposo
y su hijo con él, mudo testigo
de mi adúltera llama inestinguible...
y observará el semblante con que altiva
ante su padre y rey yo me presento,
los ojos aun bañados con el llanto
que vertí por su amor, aunque olvidada...
Y contendrá el horror que ya le inspiro?
En vano callará, pues que ya siento
faltarle al corazon valor y fuerzas!
Y por mas que ocultarla quiera, ¡ay triste,
mi pasion aqui llevo retratada...
(*con fuego, adelantándose y señalando á la Princesa de una manera muy marcada.*)
Y no soy cual las muchas que en el mundo
impudentes, resueltas, descaradas,
en el crimen audaces se recrean,
y han sabido formarse de su cara
una máscara tal de hipocresia,
que jamás el rubor su frente empaña.

(Adriana al llegar cerca de la Princesa la designa con el dedo y queda algun tiempo en esta actitud. Las señoras y caballeros que habrán observado atentamente todos sus movimientos, se levantan como espantados de esta escena.)

Rov. (*con calma.*) Bravo! bravo! admirable!

Varios. Admirable!

Mich. (*bajo.*) Desgraciada! Qué has hecho?

Adria. (Me he vengado!)

Prin. (*con furia reconcentrada.*) A mi tal afrenta! Oh! cara me la ha de pagar!

Adria. (*al Príncipe que la felicita.*) Estoy tan fatigada y tan enferma, que os suplico me permitais que me retire.

Prin. (Quedaos!) (*á Mauricio que dá un paso hácia Adriana.*)

Rov. Oh! por mas que desee que os quedeis... no me atrevo á insistir. (*subiendo y hablando con los criados que están en el fondo.*) El coche de la señorita Lecouvreur...

(Mientras el Príncipe llama y la Princesa dá algunos pasos á la derecha, Mauricio se aproxima á Adriana que está á la derecha.)

Adria. (*á media voz.*) Seguidme.

Mau. (*id.*) Imposible! Luego sabreis por qué... pero...

Adria. Basta.

(En este momento, el Príncipe que habrá vuelto á bajar, le ofrece la mano y echan á andar hácia la puerta del fondo. Las señoras y caballeros agrupados á ambos lados, la saludan. Adriana mira con pena á Mauricio y se aleja, en tanto que la Princesa la mira con aire amenazador.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de Adriana; á la izquierda una chimenea; cerca de ella un sillon; mas allá una mesa. Puerta al fondo, dos idem laterales. Sillones en el fondo y á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Michonet *á la puerta del fondo, hablando con una criada: despues* Adriana *saliendo por la puerta izquierda.*

Mich. Si, si; ya sé que está recogida en su cuarto; pero son las once, y si no está ya desnuda, decidle que soy yo, Michonet.

Adria. Ah! os estaba esperando! (*yendo á él.*)

Mich. Lo veis? (*á la criada que se retira.*)

Adria. Ay! cuánto sufro!

Mich. Pues y yo? Vamos, como que me hubiera sido imposible haber ido á mi casa sin saber cómo te encontrabas... No habria podido dormir...

Adria. Desde que estais aqui me parece que me siento mejor.

Mich. Y yo tambien. Despues de haberte dejado en tu casa, me he pasado por el teatro, de donde vengo ahora, y...

Adria. Se ha concluido ya la funcion?

Mich. Ca! Todavia tenemos para una hora lo menos.

Adria. Me alegro. Con eso hay tiempo de avisar que no puedo trabajar mañana. Me siento tan mal, que me seria imposible...

Mich. Oh! por supuesto! Si, si, nada, nada, no trabajes. Voy corriendo á avisar.. lo arreglaré en un momento, y volveré con la razon.

Adria. Cuántas molestias os estoy causando!

Mich. A mi? Molestarme tú? Qué disparate! Lo único que siento... y que me trae inquieto...

ADRIA. Qué es? Decidme, amigo mio!

MICH. La escena de esta noche en casa de esa gran señora! Crees tú que no se han impuesto todos?... Escepto su marido, todo el mundo ha comprendido la alusion.... empezando por ella...

ADRIA. Oh! no es verdad que si? Que la he herido de muerte? Que alegria! Es el único momento de felicidad que he esperimentado en medio de tantas pesadumbres! A cada palabra de los últimos versos... no parecia que la clavaba un puñal en el corazon! Y luego, visteis el terror retratado en los semblantes? Observasteis qué silencio? No la visteis á ella, como á despecho de su audacia, palideció bajo mi mirada? Ah! era porque habia impreso una marca inestinguible sobre aquella frente que no se ruboriza jamás.

MICH. He ahi precisamente lo que me asusta! Lo hicistes demasiado bien... Y esas grandes señoras son muy vengativas... Y como todo les está permitido, se atreven á todo.. Y esa mas que ninguna... estoy seguro que nada la detiene para vengarse de un ultrage.

ADRIA. Y qué me importa? Qué mal puede causarme ya que iguale á los tormentos que se encierran en este pensamiento, en esta palabra!.. Amada! Ella es amada! Esa herida que yo la he causado, él se la curará con palabras amorosas... Sus lágrimas, si es que puede derramarlas, él se las enjugará! Y aun ahora mismo, ahora que mi corazon se está partiendo de dolor... ella será feliz... si, porque estará á su lado. No sabeis que le supliqué en voz baja que me siguiese, al mismo tiempo que ella le mandaba que no la dejase?

MICH. Y qué?

ADRIA. Y qué? Se quedó con ella! Oh! esto es demasiado... y no puedo sufrir mas. (*dando un paso para salir.*)

MICH A dónde vas?

ADRIA. A arrojarme entre ellos... á... yo no sé. Dios mió! (*se arroja en un sillon.*) Seré victima de celos y de desesperacion... porque lo conozco, voy á morir.

MICH. Oh! no, no; por desgracia te engañas! Eso es una fiebre que devora... devora continuamente, si; un dolor de todos los momentos; se sufre, se padece mucho... pero no se muere. Ya ves que yo existo todavia.

ADRIA. Vos! (*admirada.*)

MICH Si, yo! Te sorprende; no es verdad? Tú no puedes comprender que bajo esta tosca apariencia, haya un corazon que sufra como el tuyo... que ame... que se destroce...

ADRIA. Cómo? Estos tormentos que yo sufro, seria posible que vos los hubieseis esperimentado?

MICH Si hija mia! Otras veces... hace ya mucho tiempo... Pero creeme, á todo se acostumbra uno... hasta á ser desgraciado!

ADRIA. Ah! esa fuerza que yo no sospechaba tubieseis... ese valor que admiro, yo lo imitaré! Yo lo igualaré si puedo. Triunfaré de una insensata pasion, de la cual ya me averguenzo!

MICH. De veras, lo harás? (*con alegria.*)

ADRIA. Ya veis que hablo de él sin cólera y sin odio... que el recuerdo de sus ultrages me deja sosegada y tranquila... que ni aun su nombre me conmueve. (*atraviesa el teatro y va á colocarse entre la chimenea y la mesa cerca de un sillon. La puerta se abre en este momento.*)

ESCENA II.

Dichos, y una CRIADA.

CRIA. Esta caja han traido para la señora.

ADRIA. Quién?

CRIA. Un criado sin librea, que ha dicho tan solo: «De parte del señor conde de Sajonia.»

ADRIA. Suyo! (*la toma de la criada.*) Déjanos. (*vase la Criada. Adriana deja la caja sobre la mesa y se sienta muy conmovida.*) Ay! Dios mio! Qué puede ser? Mi mano tiembla.. no puedo abrirla.

MICH. (Y cree que no le ama!)

ADRIA. (*vivamente.*) Veamos, veamos! (*dando un grito doloroso.*) Ah!

MICH. (*vivamente.*) Qué ha sido eso?

ADRIA. Que al abrir esta caja he esperimentado una sensacion dolorosa... Un frio glacial ha recorrido todo mi cuerpo... Oh! era un preságio del golpe que me esperaba.

MICH. Pero... qué contiene esa caja en fin?

ADRIA. (*tomándolo de la caja.*) Mi ramillete! Lo reconozco... el que ayer tenia yo en la mano cuando entró! Me lo pidió... y se lo di como una prenda de amor... podia desdeñarlo... olvidarlo... tirarlo!.. pero enviármelo espresamente... unir la afrenta al desprecio...

MICH. Eso no es posible que haya salido de él! Tu rival lo habrá obligado!

ADRIA. Y debió obedecer? (*levantándose indignada.*) Por mas que sea un esclavo suyo, no debió indignarse á la sola idea de insultar á una muger á quien ha amado! (*se vuelve á sentar en el sillon que está cerca de la chimenea, con el ramillete en la mano, al que mira algun tiempo en silencio.*) Flores de un dia, ayer tan brillantes y hoy tan marchitas; vosotras que á pesar de lo breve de vuestra existencia. ... hubierais durado aun mas que sus promesas! Pobres flores, recibidas con tanta alegria, y ya rechazadas y desdeñadas como yo.. En vano busco sobre vuestras hojas la señal de los besos que imprimió sobre vosotras... Oh! sea este el último que recibis, y con él una eterna despedida. (*le besa.*) Si, si, me parece que es la de la muerte! Y ahora... que no quede nada de vosotras... como no queda de mi amor. (*lo arroja al fuego.*)

MICH. Adriana! Adriana!..

ADRIA. Oh! no temais nada; ya estoy mejor. (*mirando á la chimenea.*) Me siento fuerte... y todo lo olvidé! Todo!..

ESCENA III.

ADRIANA, MAURICIO, MICHONET.

MAU. Os digo que para mi estará Adriana! (*hablando con la criada.*) Adriana! (*entra precipitadamente.*)

ADRIA. Mauricio! Ay! (*arrojándose en sus brazos.*) Qué es lo que hago? Dejadme! dejadme... (*queriendo desprenderse de sus brazos.*)

MAU. Oh! No, no, á tus pies, á tus pies vengo á implorar mi perdon. Si no te segui cuando me lo mandastes, era porque me detenia el deber... el honor... Era porque estaba ligado por

un beneficio cuyo peso me agobiaba... Al menos asi lo creia en aquel momento. Y no queria que terminára la noche, sin decir á la princesa: no puedo aceptar vuestro oro, porque no os amo; porque nunca os he amado; porque mi corazon es de otra... Pero juzga tú, cual seria mi sorpresa, cuando á las primeras palabras que la dirigi... temblando. . azorada... ella que no ha temblado jamás... se arroja á mis pies y con lágrimas, verdaderas ó fingidas, me confiesa que el amor y los celos la han estraviado, que ella sola era la causa de mi prision! Ella se atrevió á confesármelo.. á mi, que creia deberle mi libertad!

ADRIA. Cielos!

MAU. A mi! que lleno de verguenza, y desesperado por sus beneficios, iba á suplicarle que me concediera algunos dias para poderla pagar, aun cuando hubiese debido para ello derramar mi sangre toda! Y estaba libre... libre para aborrecerla, para despreciarla! Libre para correr á ti y arrojarme á tus plantas; ante ti, que eres mi angel tutelar... que lo eres todo... Si; y heme aqui... á tus pies, (*searrodilla.*) suplicándote... que no me rechaces de tu lado.

ADRIA. Dices la verdad, Mauricio?

MAU. Te lo juro por mi honor... y por el cielo... Caido desde lo mas alto de mis esperanzas, preso y arrojado en un calabozo, ignoro aun á qué mano debo mi libertad... y por mas que busco, no puedo descubrirla. Podrias tú ayudarme á adivinarlo?

ADRIA. No, no puedo sospechar...

MICH. Ha sido ella... Ella misma! (*baja rápidamente y se coloca entre los dos.*)

ADRIA. Oh! Callad!

MICH. (*con fuego.*) Ella, que ha dado por vos su fortuna, sus diamantes, todo lo que tenia... y aun mas todavia.

ADRIA. No, no, no es verdad!

MICH. Si es verdad! Y si es menester que dé pruebas, las daré. Sabed que hasta ha pedido prestado... á... alguno á quien no conozco, pero podeis creerlo. Si señor, á mi debeis creerme, porque yo no quiero mas que su felicidad... su tranquilidad... porque yo la amo como un padre... (*vivamente.*) Oh! si, si, como un padre, como un padre.

ADRIA. Amigo mio... llorais?

MICH. Del contento... de la emocion... pero me voy, me voy... Ya sabeis que debo ir al teatro antes que se concluya... con que asi, á Dios... á Dios. (*vase precipitadamente por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

ADRIANA y MAURICIO.

MAU. Adriana!.. con que eras tu?

ADRIA. (*señalando á Michonet que acaba de salir.*) Él... él, que es mi mejor amigo. Pero no hablemos mas de eso... ya lo has aceptado...

MAU. Si, lo acepto... lo acepto hasta con orgullo... pero con una condicion... la de que no has de rehusar nada mio... Ignoro el porvenir que me está reservado... ignoro si sobre el campo de batalla ganaré ó perderé la corona ducal que los estados de Courlandia me ofrecen... pero de todos modos, pobre conde sin fortuna, ó ya duque soberano, has de consentir, si llego á alcanzar esto último, en dividir conmigo una fortuna que tú sola me habrás hecho conquistar.

ADRIA. Yo tu esposa... yo!

MAU. Si, tu, que reina ya por el corazon, eres digna de mandar el mundo entero. Quién sino tú ha hecho desarrollar mi inteligencia? Quién ha sabido dispertar mis sentimientos? Tú.... y siempre tú! Pero Dios mio, que tienes! Te has puesto pálida...

ADRIA. Oh! no temas nada... el placer... tanta felicidad despues de tanta degracia... ya ves..... es dificil de soportar.

MAU. (*ayudándole á sentar sobre el canapé.*) Pero si apenas puedes sostenerte!

ADRIA. Con efecto, siento una turbacion estraña; hace ya algun rato que un dolor sordo y desconocido se ha apoderado de todo mi cuerpo, desde que llevé á mis labios ese ramillete.

MAU. Cuál?

ADRIA. Ingrato! Y yo creia que fuera el «á Dios» de tu despedida, y era un mensagero de tu vuelta!..

MAU. De qué ramillete hablas? Qué quieres decir?

ADRIA. De las flores... enviadas por ti en esa caja.

MAU. Por mi! Yo no te he enviado nada...Y dónde están?

ADRIA. En el fuego! Creí que nos habias abandonado... y ellas, como yo, no debian vivir sin ti.....

MAU. Adriana! Pero estás temblando... dime por Dios, qué sientes?

ADRIA. No, no; ya no siento nada aqui, (*señala el corazon.*) y aqui era donde me dolia. Pero aqui... (*señala la frente.*) Es particular... que rareza! Me parece que me andan al rededor mil visiones fantásticas y caprichosas! Y se suceden con una rapidez, con una confusion... En dónde estábamos? Qué te decia? No sé, pero... me parece que mi imaginacion se estravia... y que mi razon, por mas que trato de retenerla, me abandona... (*vivamente.*) Ay! no quiero, no; porque si la pierdo, perderia mi dicha. Oh! no, no, no quiero perderla! Primero por él, por Mauricio, y luego por esta noche... Ay! ya han levantado el telon!

MAU. Adriana?

ADRIA. Y está lleno el teatro! Concibo la curiosidad y la impaciencia del público... Le están prometiendo hace ya tanto tiempo... esa gran funcion! Oh! si, ya hace tiempo... desde los primeros dias en que conocí á Mauricio...

MAU. Adriana, vuelve en ti.

ADRIA. Chit, calla, que voy á salir ya á la escena. Oh! que numerosa y que brillante reunion! Todas las miradas están fijas en mi! Cómo siguen todos mis movimientos!... Que amables son!

MAU. Adriana! Adriana! Dios mio! no me vé, no me oye, y qué hago? (*toca la campanilla; sale la criada.*) Vuestra señora se muere; corriendo, que llamen un doctor, para que vengan á socorrerla. (*hace salir la criada.*) Adriana? Oyeme por piedad! (*la toma la mano.*)

ADRIA. Mira, mira; quién ha entrado en su palco? Oh! Es ella! La reconozco, por mas que pretenda ocultarse... Y le está hablando... Mauricio! (*con desesperacion.*) Ya no me mira.

MAU. Si estoy aqui... junto á ti...

ADRIA. Se miran y ella le dice que se quede!.. Y á mi me olvida, me abandona...

MAU. Adriana! Por compasion!

ADRIA. Compasion! (*con furor.*) Quién me pide compasion!

MAU. Yo, que estoy aqui, á tu lado...

ADRIA. Y qué quereis de mi?

MAU. Que me escuches un solo instante, que me mires... á mi... á Mauricio.

ADRIA. Mauricio! (*mirándole con ojos estraviados.*) No, tú no eres Mauricio... Mauricio está alli con ella... vete... vete...

MAU. No me reconoce... Dios mio, y no vienen á socorrerla! Ah! venid! (*viendo á Michonet.*) Venid!

ESCENA V.

Dichos, y MICHONET, *á poco el* PRINCIPE DE ROVILLON.

MICH. Es cierto lo que me han dicho? Es cierto que está muy mala?

MAU. Miradla, amigo mio!

MICH. Todavia respira! Adriana! hija mia! Aun es tiempo de salvarla. (*va á salir apresurado.*)

ROV. Deteneos! Yo la salvaré! (*deteniéndole.*)

MICH. Vos!

MAU. Principe!

ROV. Si, yo, que como sospechaba, puedo evitar una horrible desgracia. Tomad, hacedla beber unas cuantas gotas, eso es suficiente. (*le entrega un frasquito de cristal, Mauricio lo aplica á los labios de Adriana; todos le rodean con ansia.*)

MICH. Pero... como sabiais...

MAU. Qué significa esto?

ROV. Nada! Ahora lo sabreis todo; que beba. Una feliz casualidad... Figuraos que habiéndome mandado ayer el Cardenal ministro unos polvos de un veneno particular para que los analizase, antes de descomponerlos, quise hacer el ensayo, y tomé el primer objeto adecuado que se me vino á las manos; un ramo de flores que vi en el tocador de mi muger. Lo hice, y descuidadamente lo dejé en mi cuarto. (*observando á Adriana.*) Veis como ya respira con mas facilidad? Dentro de muy poco estará completamente restablecida. Felizmente no ha podido ser nada todavia. Pues bien, esta noche, al entrar en mi cuarto, eché de menos el ramo, y sali todo asustado á preguntar la primera á mi esposa, si era ella la que lo habia tomado. Al oirme, me confiesa aterrada, que no sabiendo lo que yo habia hecho con él, y si que era un ramillete que Adriana habia regalado al conde, que este se habia dejado olvidado, lo buscó y lo remitió acá dentro de una caja... yo no sé con que objeto. En el momento tomo un contraveneno eficaz que poseo, y desalado echo á correr hácia aqui. Ya se lo hemos dado, y ya no hay que temer; tranquilizaos, amigos, pues que el mal ya está reparado. (*entretanto ha hablado el Principe, Adriana habrá ido gradual y progresivamente mejorándose aunque con lentitud.*)

MAU. Oh! Callad, que no se instruya la infeliz! (*á ella.*) Adriana!

MICH. Hija mia!

ADRIA. (*débilmente y con lentitud.*) Quién está cerca de mi? Mauricio! y vos tambien! Ay! S si, venid... aqui á mi lado... que os vea... qu me asegure de que existo aun! Ay! crei morir

MICH. No, hija mia, no morirás!

ADRIA. Y morir ahora..... que horror..... ahor cuando iba á ser tan feliz! Cuando iba á ser s esposa...

ROV. (*á media voz.*) Su esposa! De vos, conde?

MAU. Si, mi esposa, mi orgullo... mi gloria! Desde este mismo instante el nombre de Adrian irá unido siempre al de Mauricio de Sajonia.

ADRIA. Lo ois, amigo mio? (*á Michonet.*) Oh! gracias, gracias, Mauricio; esas palabras me vuelven á la vida. Lo ves? Ya me siento mas aliviada... si, si, ya me siento bien.

MICH. Adriana! hija mia! Permiteme que te d este nombre!.. Permiteme que te llame hija aunque sea el último de tus criados. Y qu bese tus manos... y que te estreche contra m corazon, y que llore y me vuelva loco de alegria al mirar que... (*mirando al Principe.*) Si.. que no ha sido nada, vamos... que estás bue na... y que vas á ser feliz... si, porque el seño te hará feliz.

MAU. Os lo juro.

ADRIA. Mauricio! Pero Principe, (*volviéndose viendo al Principe.*) vos aqui? A qué debo el ho nor...

MICH. (*el Principe va á hablar medio cortado y Mi chonet lo interrumpe.*) Es que su amabilidad, h llegado para conmigo hasta el punto de veni á anunciarme, que ya soy socio de la comedi francesa.

ROV. Si... con efecto... (*tartamudeando.*) Señori ta, á eso he venido.

MICH. Pues bien, ya veis que no lo habeis perdi do; ganais al Abate la apuesta, porque sabei á quién adora el señor conde, y ademas tenei la satisfaccion de ser el primero en anuncia la noticia que ha de ocupar á todo Paris: e decir, la futura felicidad de Adriana.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Es copia del original censurado

MADRID, 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n.13.